

A close-up portrait of a woman with short, wavy blonde hair, blue eyes, and bright pink lipstick. She is wearing large, ornate silver earrings with a circular top and a rectangular, fringed body. She is wearing a light-colored, lace-trimmed top. The background is a plain, light grey.

La  
invitada

Corín  
Tellado

## Índice

Portada  
Capítulo I  
Capítulo II  
Capítulo III  
Capítulo IV  
Capítulo V  
Capítulo VI  
Capítulo VII  
Capítulo VIII  
Capítulo IX  
Capítulo X  
Capítulo XI  
Capítulo XII  
Capítulo XIII  
Capítulo XIV  
Capítulo XV  
Capítulo XVI  
Capítulo XVII  
Capítulo XVIII  
Epílogo  
Créditos

## CAPÍTULO PRIMERO

—¿Me llamabas, madre?

—Sí, Rod. Tengo que hablarte.

—¿No puedes dejarlo para otra hora?

Lana Brown se acomodó en la orejera e hizo ademán a su hijo para que se aproximara. Rod obedeció de mala gana. Sus fuertes botas pisaron con fuerza la estera, y el barro que de ellas escapaba iba dejando un surco en el suelo, lo cual no asombró a Lana, porque estaba acostumbrada a las «cosas» de su hijo.

—Siéntate, Rod.

—¿Sentarme? Imposible, madre. Tengo mucho que hacer. Los muchachos acaban de llegar del campo, he de revisar el ganado y dar algunas instrucciones para mañana. Recuerda que la siega está a la mitad y si llegan las lluvias...

—Olvídate un poco de tus deberes, hijo, y escúchame unos instantes.

Rod hizo un gesto, y si bien no se sentó, se dispuso a escuchar a su madre. Era un mozo fuerte, muy alto y de ancho pecho. Tendría veintiséis años, si bien las facciones de su cara, muy acusadas, así como sus cabellos crespos y el aire de fortaleza que emanaba de todo él, le daban aspecto de más edad. Tenía el pelo rubio, de un rubio oscuro, cortado casi al rape y naciendo en punta, sin dominio alguno. Sus ojos, de mirar duro, eran de un tono entre pardo y azul y nunca se animaban, excepto para enfurecerse y reñir a sus hombres. Su boca era ancha, provocadora, y le daba aspecto de labrador embrutecido avezado al campo, del cual apenas si había salido en cortos viajes a la capital próxima.

Vestía en aquel instante pantalón de montar, altas polainas y una camisa a cuadros arremangada hasta el codo, dejando ver sus brazos velludos y fuertes.

También se veía su pecho, el cual jamás tapaba, tanto si era invierno como verano. Nunca había estado enfermo, jamás sufrió un resfriado y era, lo que se dice, como un peñasco. Si tenía sensibilidad nadie lo sabía, pues desde muy niño gobernó la hacienda una vez muerto su padre, y jamás vio nadie aquella sensibilidad, si es que existía.

—¿De qué se trata, madre? —preguntó expeliendo el humo de su pipa por nariz y boca.

—He recibido hoy una carta de Francia...

Rod la miró, ceñudo.

—¿Y qué?

—Es de la superiora del convento donde se educa Mae White. Mi deber es consultar contigo y leerte esa carta.

Rod hizo un gesto brusco con su mano grande y callosa. Aquel ademán indicaba que no deseaba saber nada.

—Rod...

—No me la leas —pidió, enfadado—. Dime lo que dice, si eso te consuela, y acabemos de una vez.

Lana estaba acostumbrada al tono seco de su hijo. En la comarca podrían creerle un hombre insensible, un egoísta y hasta un desconsiderado, pero ella era su madre y lo trajo al mundo, lo crió y estudió todas sus reacciones y sabía que bajo aquella capa casi brutal, se ocultaba un gran corazón de hijo y este hijo la amaba entrañablemente.

—Si te explico lo que dice —observó con calma— no será para consolarme, sino para pedirte un parecer.

—Ya sabes, madre, que nunca me agradó que consintieras en ser tutora de esa niña.

—Tiene dieciséis años.

—Como si tuviera veinte —atajó, fiero—. De cualquier modo que sea, una tutela se convierte siempre en una gran responsabilidad y a mí me desagrada que tú tengas esa clase de responsabilidades.

—La madre de Mae fue muy buena conmigo. Cuando me casé con tu padre, él era chófer de los White y yo doncella de la señora...

—Lo sé, madre, lo sé —se impacientó—. ¿Por qué recuerdas esas cosas? Mi padre era su chófer y tú su doncella. Os casasteis y los White os ayudaron a poner esta granja. No creo que también los White os ayudaran a convertir la pequeña granja en una hacienda importante.

—No. Pero sin los cimientos no hay edificio.

—Déjate de filosofías. ¿Qué dice la superiora?

Lana suspiró, resignada. Rod era un orgulloso y no admitía jamás que pudiera depender de nadie. El se creía superior a todo el mundo y eso dolía a Lana, que supo lo mucho que le costó a su marido salir adelante y además, teniendo la ayuda de los señores...

—Pues dice que la señorita Mae es casi una mujer, que hace cinco años que no salió del colegio y que es un dolor que todas sus compañeras pasen las vacaciones en sus hogares y ella se quede sola en el convento. No me lo pide, Rod, pero me sugiere la idea de traer a la señorita Mae a la hacienda este verano. Total... tres meses pasan pronto...

—No, madre. No quiero.

—Pero, Rod, hay que ser humanitario. La chica no tiene vocación de monja y dentro de dos años, cuando cumpla los dieciocho, no habrá más remedio que traerla.

Rod quitó la pipa de la boca y la golpeó sin miramiento alguno en el respaldo de un sillón. Lana lo miró, pero nada dijo.

—Tiene dinero —adujo Rod con irritación—. Administro sus bienes desde hace cinco años y puedo asegurarte que es muy rica.

—Lo sé.

—Cuando se tiene tanto dinero... no es preciso vivir con otras personas que tienen menos.

—Pero, Rod. Ahora no se trata de dinero. La señorita Mae está sola en el mundo y fui nombrada tutora por su madre poco antes de morir. Aquella señora bondadosa, llena de ternura, me la confió a la hora de su muerte. Ella sabía cuánto apreció a los White...

—Ya no eras su doncella, madre —adujo, rudo—. Eras la madre de un hombre. Ya no tenía derecho a ordenarte.

—Eres un desagradecido, Rod.

El muchacho golpeó el suelo con el pie.

—Soy un ser humano nada más. Eso es lo que soy. Cuando ellos te ayudaron..., ¿sintieron acaso esa ayuda? Un poco de dinero para quien tiene tanto, poco importa.

Lana se enfadó.

—Rod, me estás dando miedo. Otros tienen dinero y no lo regalan a sus criados. Además —añadió con tristeza—, no estamos discutiendo eso. Estamos hablando de una carta, en la cual se me indica que mi deber es ir a buscar a Mae.

—He dicho que no.

Se dirigía a la puerta.

—¡Rod! —gritó Lana—, Rod, hijo mío, no me disgustes y ven aquí.

—He dicho que no.

Y salió dando un portazo.

Lana se metió en el despacho. Se sentó ante la mesa y, tras dudarlos unos segundos, procedió a escribir. Le decía a la superiora que iría a recoger a Mae a finales de semana y que tendría mucho gusto en tener a su pupila a su lado durante los meses de verano.

A la hora de la cena, cuando Rod entró en el comedor, ceñudo y serio como siempre, Lana dijo con su voz inalterable, llena de ternura:

—He escrito a la superiora... A últimos de semana iré a Francia a buscar a Mae.

Rod la miró, frunció el ceño, y como cuando era niño, se limitó a mascullar algo entre dientes, pero en concreto no dijo nada.

\* \* \*

Mae White penetró en su alcoba y fue, silenciosa, a sentarse en el borde de la cama.

—¿Qué te dijo? —preguntó su compañera, saliendo de las profundidades de un sillón.

—Que vendrían a buscarme uno de estos días.

—¡Qué pena! ¿No le has dicho a la superiora que mi familia deseaba invitarte a mi casa?

—Claro.

—¿Y qué contestó?

—Que tenía una tutora, que ésta vendría por mí...

Era una muchacha alta, delgada, de flexible talle Rubio el cabello, azules los grandes ojos, delicados los rasgos de su cara. Resultaba de una distinción innata y de una finura poco común. Era la muchacha más elegante del colegio, y todas la admiraban.

—¿Y te callaste?

Mae sonrió. Al hacerlo se formaban en sus mejillas dos hoyuelos y esto proporcionaba a su rostro un encanto irresistible.

—¿Qué podría decir? ¿Que el príncipe Sergio, padre tuyo, me invitaba a

su casa? Eso ya lo había dicho sin ningún resultado. Hace cinco años que estoy aquí —añadió pensativamente—. Todas las vacaciones recibe la superiora una invitación de tu egregio padre y siempre contesta con una negativa.

—Pero ahora tienes dieciséis años.

—Sí —rió—, por eso quizá viene esa tutora desconocida a buscarme. ¿Sabes que siento verdadera curiosidad?

—Según me has dicho en una ocasión, ella fue doncella de tu madre en su juventud.

—Sí.

—¿La conoces?

—No. Y siento curiosidad por conocerla. Mamá siempre me hablaba de Lana como de una amiga, más que de una doncella. Claro que a los diez años, que fue cuando mamá me habló por última vez..., yo no comprendía bien el significado de unas frases dirigidas a otra persona. No sé...

—¿Y si te llevas mal con ella? ¿Es sola?

—Creo que tiene un hijo. Mamá decía que era un muchacho adusto y poco comunicativo. Ya veremos. De buen grado me iba a la Riviera con vosotros, pero... ya será para otra vez. Después de todo, a los veintiún años soy mayor de edad y tengo entendido que mi fortuna me permitirá viajar con comodidad.

—Papá dice siempre que la fortuna de los White es considerable. ¿Cómo tu madre te dejó en poder de una granjera?

—Se conoce que le mereció más confianza que otras personas.

—Pudo haber sido el abogado, el administrador... un amigo.

—Mi madre, a la muerte de papá, se retiró del mundo, de la sociedad... Estuvo encerrada en el castillo de White muchos años. Cuando yo cumplí los diez y fui enviada a este colegio, mamá ya no recibía a nadie. Cuando luego me llevaron de nuevo al castillo..., mamá estaba muriendo.

—Eso no significa nada para que no te haya dejado bajo la tutela de su abogado.

—Mira, Suzie, de veras te digo que no pienso criticar lo que hizo mi madre antes de morir. Lana será una granjera, pero también será una noble mujer, porque de no haberlo sido, mamá no me dejaba en su poder.

—¿Y quién administra tus bienes?

—Ella y su hijo.

—Ya te veo convertida en una labriega —rió Suzie, que era la elegancia hecha mujer—. Cuando pasen unos años y te vea en el gran mundo..., ¿te

reconoceré?

—No seas guasona. Por la cuenta que me tiene, procuraré que no se me pegue demasiado el campo. Y te advierto que me agrada la libertad, campos abiertos e ilimitados.

—Señoritas —dijo una voz desde fuera—. Al gimnasio.

Las dos jóvenes se pusieron en pie y se dirigieron a la puerta. Suzie, hija del príncipe Sergio, le pasó un brazo por los hombros y le dijo al oído:

—Si algún día te cansas de ese campo, escíbeme. Burlaremos la vigilancia de la superiora y diré a papá que vaya a buscarte.

—Eso suponiendo que Lana me lo permita.

—Será fácil de convencer, ya lo verás.

## II

Lana se encontraba inquieta en el gran salón de recibo del convento aristocrático. Parecía lo que Lana era en realidad, una mujer del campo, vestida con un traje negro, vulgar y corriente y unos zapatos algo torcidos en los tacones. Tenía un sombrero ridículo en la cabeza, el cual debió de ser el que llevó al altar cuando se casó treinta años antes y llevaba en la mano un bolso del año del polisón y unos guantes desteñidos.

Así la encontró la elegante muchacha, cuando, tras abrir la puerta, miró con curiosidad a un lado y a otro y se encontró con la mujer extraña, de rostro bondadoso, que la contemplaba suspensa, avergonzada.

—Señora...

—Soy... Lana Brown —dijo con voz quebrada—. Usted..., es igual que fue su madre.

Mae era lo bastante educada para sonreír gentil y no demostrar el gran asombro que la personalidad de su tutora le causaba.

—En efecto, me parezco a mamá. ¿Cómo está usted, Lana?

—Muy bien, señorita Mae, muchas gracias. ¿Y usted?

—Bien, gracias.

Y se calló. Movía las manos sobre el bolso, lo cual denotaba su gran nerviosismo. Mae hizo uso de su desenvoltura, apretó aquellas manos con suavidad y le dijo:

—La superiora vendrá al instante. Entretanto voy a dar orden para que bajen el equipaje al coche. El chófer del colegio nos llevará al aeródromo. ¿Salimos esta misma tarde?

—Eso quisiera, señorita.

—Llámame Mae, y permíteme que te tutee.

Lana se ruborizó.

—Gracias..., Mae.

—Tutéame. Vamos a vivir juntas y quisiera que entre nosotras hubiera esa corriente de simpatía y afecto indispensable para dos personas que van a convivir en el mismo hogar.

—Gracias —susurró Lana, aturdida.

La superiora entró en aquel momento, y Mae se excusó yendo a ordenar al chófer que bajara su equipaje. Una hora después la gentil figura se perdía en el auto del convento junto con la mujer del campo a quien todas las compañeras de Mae miraban con creciente curiosidad. El hecho de que la muchacha más elegante del colegio y una de las más ricas, tuviera una tutora con aquel aspecto humilde y pueblerino dejó a las colegiales desconcertadas. Todas, excepto Suzie, la amiga íntima de Mae, esperaban hallar una dama alta, esbelta, muy bien vestida, mirando a todo el mundo por encima del hombro, y se encontraban con una mujer simple, mal vestida, tímida, acobardada. Hubo los consiguientes comentarios, si bien Suzie los calló con unas pocas palabras.

—Esa mujer fue doncella de la mamá de Mae en su juventud.

Una muchacha morena y alta, que nunca profesó gran simpatía a Mae, se encaró con Suzie y preguntó:

—¿Y por qué la nombró tutora de su hija? No me explico por qué la educa en uno de los colegios más aristocráticos del mundo para luego enterrarse en el campo en una granja próxima a Nueva York.

—Eso no nos importa —saltó Suzie—. No creo que su tutora reste personalidad a Mae.

—Es... de mal gusto.

—Mae iba contenta y no se asombró al ver a su tutora.

Pero en aquello se equivocaba Suzie. Mae se asombró y seguía aún asombrada, si bien lo disimulaba por cortesía. Sabía que su tutora fue en un tiempo doncella de su madre, pero nunca imaginó que aquella doncella resultara una mujer tan tímida, tan apocada y sobre todo tan... vulgar.

Ella era una muchacha adaptable y sencilla, pese a su empaque de niña rica y bien educada. A pesar de todo, le agradó Lana. Tenía ojos de buena persona y su voz era grata al oído. Quizá su madre supo lo que se hizo al nombrarla su tutora. ¿Pero podría ella adaptarse al campo, aunque sólo fuera por tres meses? Además, su vida no se componía de tres meses. Pasados dos años, terminaría sus estudios y después tendría que vivir con Lana y su hijo; ¿y cómo era aquel hijo? ¿Parecido a su madre?

### III

De aquel hijo le habló Lana durante el vuelo de París a Nueva York. Ambas, sentadas una al lado de la otra, silenciosas al principio, siendo el blanco de muchas miradas por el contraste formado. De súbito, Lana empezó a hablar como si lo considerara un deber.

La azafata pasó junto a ellas y las contempló. La muchacha era muy joven y vestía a la última moda, con suma elegancia. Sabía llevar la ropa y todo su atuendo guardaba una armonía perfecta. La mujer parecía su doncella, si bien resultaba una doncella demasiado humilde para la joven distinguida. Estas y otras conjeturas se hacían los pasajeros del avión, si bien no escuchaban lo que Lana decía en aquel momento con acento quedo, ahogado.

—No sé si se adaptará a nuestras costumbres, señorita Mae.

—Te pido que me tutees —dijo suavemente—. Si no lo haces, me parecerá que estoy lejos de ti, y quiero estar siempre muy cerca. Mamá te estimaba de veras...

—Gracias. Procuraré complacerte...

—Y en cuanto a adaptarme a vuestras costumbres, ¿por qué no? Me será fácil.

—Deseo hablarte de mi hijo.

Mae enarcó una ceja. ¿Qué podía a ella importarle el hijo de su tutora?

—Háblame, si ello te consuela.

—No es que me consuele; es que lo considero un deber, Rod... —se llama así— no es un muchacho corriente.

Mae volvió a enarcar la ceja, además en ella habitual cuando algo le asombraba.

—¿No es corriente? ¿Y por qué?

—Tiene..., tiene mucho genio, es altivo y mandón y en la granja es el

amo...

—Tú eres su madre.

—Sí; pero desde que murió su padre, siendo Rod aún un niño, se acostumbró a ordenar y gobernar a su gusto y no admite intromisiones.

—Lo cual quiere decir que mi llegada... no será de su agrado.

Lana retorció las manos en el regazo y Mae sonrió comprensiva.

—No te preocupes, Lana, No sufras por eso. Sé el lugar que ocupó, sé que soy una invitada en tu casa y sé que no molestaré en absoluto a tu hijo.

—No es eso.

—¿No?

—Yo... desearía que fuerais buenos amigos. Sólo hay que comprender a Rod para estimarlo. Tiene muy buen fondo, pero él se empeña en parecer malo y desconsiderado.

—¿Es indispensable que comprenda a tu hijo? —preguntó un poco extrañada.

—Sería... conveniente. El es el eje de todo aquello. Nuestra granja no es tu castillo de White y temo que en la granja os encontréis con demasiada frecuencia y él...

—Sigue, Lana. El no deseaba que yo fuera a su casa.

—Pues... Rod... a primera vista resulta incomprensible y además..., parece rudo y mal educado y yo quisiera que no le tomaras a mal nada de cuanto dice o hace.

—Pierde cuidado, Lana —sonrió indulgente—. Sabré mantenerme muy al margen de la vida de tu hijo.

\* \* \*

Mae miró todo cuanto le rodeaba y se sintió un poco fuera de lugar. Sus zapatitos finos, su elegante traje, su maleta de piel de Rusia..., todo era impropio de aquel paraje, en medio del cual se alzaba una casa larga y achatada. Su nuevo hogar. Bien. Sonrió, encogió los hombros y contempló a Lana con ternura.

—Tienes un hogar acogedor, Lana —dijo amable—. Un hogar campestre, y me agrada la pradera y el bosque y cuanto desde aquí se divisa. Sé montar a caballo y me gustará dar grandes paseos por el campo. ¿Ahora... puedo descansar? Estoy rendida.

Las miraban con curiosidad. Nadie en la granja ignoraba que Lana tenía una pupila rica, la cual se educaba en un elegante pensionado francés y sin duda era aquella joven bonita y distinguida que de pie junto al porche lo contemplaba todo con ojos muy abiertos llenos de curiosidad.

—Sígueme —dijo Lana—. Te acompañaré a tu cuarto.

Mae entró en la casa. El vestíbulo era largo y ancho, pero carecía de adornos. Allí se vivía algo primitivamente y una vez más se preguntó Mae con qué objeto su madre la dejó en poder de una granjera cuando, si hubiese querido, tendría amigos de sobra para la tutela de su hija. Bien, había que resignarse y no asombrarse de nada.

Siguió a Lana a través de pasillos y alcobas y al fin se detuvo en una.

—Aquí es —dijo Lana—. No sé si te gustará. Espero que... sepas disculparme.

A Mae le entró algo parecido a la emoción. Aquella mujer llamada Lana era una persona de veras. Una persona llena de ternura y complejos que se sentía algo humillada al mostrarle su nuevo hogar.

Mae fue hacia ella, la besó inesperadamente y le dijo:

—Lana, hace mucho tiempo que no siento cerca de mí un cariño verdadero. Déjame creerme por una vez como las demás muchachas que tienen madre.

—Mae...

—Quisiera que al menos fuéramos buenas amigas, excelentes amigas.

—Lo... seremos —tartamudeó Lana, emocionada—. Yo... me siento...

—Luego me gustará conocer a tu hijo.

—Ahora está en el campo, pero no tardará en volver. Para la hora de la comida le conocerás.

—¿Seremos amigas, Lana?

—¡Oh, sí!

—Gracias, Lana.

La mujer la contemplaba con admiración. El hecho de que la hija de su antigua señora la considerara una amiga, llenaba de ternura el corazón blando de Lana. No se daba cuenta de que Mae era una muchacha inteligente y hacía la concesión de su cariño, precisamente para granjearse la simpatía y el afecto de las gentes humildes, única forma de ganar su confianza.

—Me gustaría ponerme cómoda una vez haya descansado algo del viaje, Lana —murmuró Mae de súbito—. Mis prendas de vestir son algo... aparatosas para estos lugares sencillos. ¿No podrías traerme un pantalón y

una camisa de tu hijo?

Lana se echó a reír de tal modo que Mae se sintió casi feliz. Era la primera vez que la veía reír así y se consideró más allegada a la granjera.

—¿Pantalón y camisa de mi hijo? —preguntó sin dejar de reír—. No te servirían. Mi hijo es alto y fuerte, Mae —añadió con orgullo—. Un hombre de verdad.

Mae enarcó la ceja.

—¿Sí?

—Sí. Rod ha crecido mucho y sus ropas no te servirían de nada. Pero no te preocupes, yo sé coser y para mañana por la mañana tendrás un pantalón y una camisa con lo cual podrás corretear por el campo sin ningún temor.

—Estupendo, Lana.

—Ahora descansa y más tarde te prepararé agua para el baño.

Mae no le dijo que de buen grado se hubiera bañado en aquel instante. Se limitó a besar a Lana. Cuando se quedó sola, permaneció con la ceja arqueada mirando a un lado y a otro como si se interrogara a sí misma.

La interrogante no tenía respuesta alguna, excepto que se hallaba en un hogar sencillo y vulgar, muy poco en consonancia con su persona, su posición y la educación recibida, y de las cuales tenía que olvidarse para no desentonar junto a los que en adelante serían algo así como su familia. Era preciso adaptarse al nuevo ambiente y lo haría. ¿Por qué no? Ella también, dentro de sí, y aun cuando le proporcionaron una educación completa para figurar como estrella refulgente en el gran mundo y tener dinero para levantarse muy alto, era sencilla y tendría que hacer uso de aquella sencillez en adelante, sobre todo mientras conviviera con Lana y su hijo.

Contempló la alcoba y sonrió. No tenía punto alguno de semejanza con la principesca alcoba de su castillo de White, pero eso era igual. Al fondo había una cama, a un lado un ropero de tosca madera. Más lejos una mesa y una silla y una alfombra cubriendo el suelo. No tenía doncella y ella nunca había hecho nada, pero aprendería a valerse por sí misma. Quizá era esto lo que pretendía su madre al dejarla bajo la tutela de Lana Brown.

## IV

Vestía una falda, lo más sencillo que encontró en su maleta. Se trataba de una falda de una tela apercalada, si bien era un tejido caro y duro, que caía con gracia. Un jersey de hilo blanco y zapatos bajos. Llevaba un pañuelo al cuello, y su pelo rubio oro, lo peinaba hacia atrás sin horquillas ni ondas. Era corto y podía amoldarlo fácilmente. Así se presentó en el comedor y dio los buenos días.

Buscó a Lana con los ojos y sólo halló al mocetón fuerte, moreno, de pelo crespo que la midió de arriba abajo con cierta ironía.

Mae, que nunca había hablado con hombres, se quedó un poco cortada ante aquella mirada tan extraña. El vestía pantalón de montar, una camisa blanca desabrochada y un pañuelo azul en torno al cuello. Si Mae hubiera ido al cine alguna vez, habría pensado que se hallaba ante un actor americano de películas del Oeste.

—Buenos días —replicó al fin, tras del breve examen—. ¿Es usted la señorita White?

—Sí.

—Madre vendrá luego. Puede sentarse y picar en ese jamón.

Lo dijo como ausente, y, como tenía hambre, obedeció.

Lana apareció en aquel instante.

—¡Ah, ya estás ahí! Te presento a mi hijo Rod. Esta es Mae, Rod.

El gruñó algo entre dientes y estrechó la mano que la joven le tendía. Era una mano delgada y fina y entre sus dedos resultó una cosa diminuta. Mae sintió los dedos fuertes y duros de Rod apretando los suyos y se consideró menguada, pequeñita. Levantó el ánimo y dijo algunas cosas gratas refiriéndose al jamón.

Empezaron a comer. Rod debía entender poco de cortesías porque apenas

habló. Mae, cohibida por él, tampoco dijo gran cosa, pero le miraba. Y le causaba gracia la forma de comer de Rod. Cogía el muslo del pollo con la mano y lo comía tranquilamente. No había en él delicadeza alguna, y Lana miraba a la joven y luego a su hijo y se sentía angustiada. Rod sabía comer mejor, pero terco, hacía lo que le pedía el cuerpo como si la invitada fuera uno de sus peones. Tosco y fiero, terminó de comer, encendió la pipa y con ella apretada entre los dientes se marchó.

—Perdónale, Mae.

—No te preocupes, Lana —sonrió gentil—. Me voy haciendo cargo de cómo es tu hijo.

Una vez terminó, hizo honores a la comida diciendo a Lana que estaba exquisita y luego salió al porche.

Allí estaba Rod, tumbado bajo la sombra de un toldo, con la pipa en la boca y los ojos tapados por la gorra. Al final del patio se hallaban los peones disponiendo el carro de la siega, y más lejos unos caballos pastaban.

—¿Puedo montar uno de sus caballos? —preguntó Mae.

Rod quitó la gorra de los ojos, se sentó, pues se hallaba tendido cuan largo era en el puro suelo, y se la quedó mirando.

—¿Sabe montar?

—Sí.

—Aquí no tenemos sillas elegantes para poner sobre los potros.

Mae comprendió que él deseaba molestarla y se juró a sí misma no darse nunca por ofendida.

—También sé montar a pelo —dijo con retintín.

—¿De veras? Es una gran proeza.

—No lo considero así. En el convento nos enseñan de todo. A ser muchachas finas y delicadas, a montar caballos estupendos y simples yeguas sin silla. A ser mal educados para los mal educados...

—Vaya, vaya.

—Y a ser chicas correctas para personas correctas.

—Y en este instante, ¿qué está siendo usted?

—Puede tutearme.

—He preguntado qué estaba siendo en este instante.

—Algo mal educada.

—Estupendo —y con voz tonante añadió—: Puede montar aquel caballo. Se encabritará, pero para una chica tan lista...

Mae subió a su cuarto sin decir ni pío, y Lana, que estaba oyéndolo todo

desde la ventana del comedor, salió del porche, se acercó a su hijo y regañó:

—No tienes derecho a ser como eres para con ella. Es una muchacha delicada y está sola en el mundo.

Rod bufó:

—Sola en el mundo con doce millones. ¿Cuándo has visto tú semejante cosa, ingenua madre?

—Rod... a veces el dinero no lo supone todo.

—Casi todo. Y a mí no me humilla una joven por muy guapa que sea, por mucho dinero que tenga y por muy White que se llame.

Y tapándose los ojos con la gorra, se tendió de nuevo y fumó como si estuviera solo. Lana, resignada, volvió a su puesto en la ventana del comedor y permaneció pensativa.

No habían transcurrido diez minutos cuando se oyeron pasos firmes en el vestíbulo. Lana levantó la cabeza y vio a Mae, enfundada en traje de montar, que la saludaba suavemente.

Luego salió al porche, se detuvo junto a Rod y preguntó:

—¿Qué caballo se encabrita?

Rod se quitó la gorra de los ojos y súbitamente se sentó. Se la quedó mirando con el ceño fruncido y la boca provocadora curvada en una mueca, indefinible. ¡Vaya, con la señorita Mae! Bonita, sí, señor, insinuante, diferente bajo las ropas de montar.

—¿Me dice, sí o no, cuál es el caballo que se encabrita?

Rod no contestó. A él le gustaban las chicas. Claro que sí. Tenía amigas en toda la comarca, una en cada esquina. Hasta había alguna amiguita de buena familia que burlaba la vigilancia de sus papás para salir al campo y ocultarse en la maleza en espera del gallito que era Rod. Vaya que sí. Pero nunca vio una como Mae White. Y sintió que fuera pupila de su madre y estuviera invitada en su casa.

Con aquel pantalón rojo, aquellas polainas y aquel jersey... la silueta femenina cobraba súbito interés para Rod, si bien lo desechó al pronto. Volvió a tenderse cuan largo era, tapó sus ojos y fumó en la pipa.

—El negro —dijo indiferente—. Pero tenga cuidado. He dicho que se encabrita.

Lana, que no perdía detalle, sintió algo frío por la espina dorsal. Asomó la cabeza y pidió a la joven, que echaba a andar en aquel momento:

—No subas a ese potro, Mae. Es peligroso. Y no hagas caso de lo que dice Rod. Tiene ganas de verte rodar por el prado.

—No te preocupes, Lana.

Se dirigió al caballo, y la buena mujer volvió al porche a recriminar a su hijo.

—Eres un bruto. Has despertado el amor propio de la joven muchacha.

—Me gustan las jóvenes con amor propio —replicó sin moverse ni destapar los ojos.

—No te das cuenta del lugar que esa joven ocupa en tu casa, Rod. Sabes ser cortés cuando quieres.

—¡Qué va!

—¡Rod!

—Déjame descansar un rato, madre. Luego tengo mucho trabajo en la siega.

—Al menos mira cómo Mae sube al potro. Y disponte a salir en su ayuda.

Rod no se movió. Sus ojos ocultos bajo la gorra apenas si se movieron.

—Es muy lista y sabrá salir airoso, no te preocupes. De tener una duda, no lo hubiese intentado.

Mae montaba en aquel instante, contemplada por todos los mozos de la finca que se disponían a marchar al campo con sus carretas y las detuvieron para mirar a la joven señorita.

La muchacha en cuestión subió limpiamente al potro y éste dio un salto, se encabritó, dio vueltas sobre sí mismo, pero la jinete se mantenía erguida y firme en la silla y pudo domarlo con gran asombro de todos. Luego lanzóse a galope en línea recta, y lana soltó un pequeño grito.

¡Rod!...

—Ya la oigo, madre —le interrumpió Rod, tranquilamente—. No temas, ya te he dicho que es lista.

—Se matará.

—En modo alguno.

Se quitó la gorra, de un salto se puso en pie y levantó la bota. Golpeó la pipa en su suelo y luego la metió de nuevo en la boca.

—Me voy al campo.

—Rod... síguela.

—Claro que no, madre. Tengo mucho trabajo. Hasta la noche.

Se dirigió al caballo que se hallaba a unos metros de distancia, saltó sobre él y se alejó en seguimiento de las carretas.

Lana se preguntó si tendría ella la culpa por haberle educado mal. Debió domar aquella terrible personalidad, pero ahora era ya demasiado tarde.

## V

Cuando entró Rod en la casa, eran las diez de la noche. Se lavó las manos en un caldero que había junto al pozo y luego se dirigió al comedor.

—Hola.

—Hola —replicó la dama.

Rod miró a un lado y a otro, sonrió sarcástico y comentó:

—Por lo visto, tu pupila se desnucó.

—No se desnucó. Llegó sana y siendo íntima amiga del potro. Según parece, aquí falló tu vista de lince.

—En efecto —se sentó a la mesa—. ¿Qué tenemos para comer?

—Ya ves.

—Hum carne asada —comió—. Está sabrosa. ¿También sabe de cocina tu pupila?

—Rod, deja de ironizar con respecto a mi pupila y sé más humanitario. La chica está en casa como en falso y tienes tú la culpa.

—¿Dónde se encuentra?

—En la cama. Está acostumbrada a retirarse temprano.

—Ya. ¿Cocinó ella?

—Rod, hijo mío..., ¿por qué eres así? Ella es delicada, buena para mí, me tutea, la tuteo...

—La gran indulgencia de la niña rica —saltó, impulsivo—. ¿Eres tonta, madre? Te trata como lo que eres, su criada. Y yo no quiero que mi madre sea criada de una niña como ésa. ¡No quiero! ¿Me entiendes?

—¡Rod!

—Me humilla —siguió Rod, enfurecido— que esa joven viva en esta casa. Me humilla que tenga que adaptarse a unas costumbres tan diferentes a las suyas. Me humilla —gritó— que tenga tanto dinero y tú, la antigua doncella

de su madre, haga de tutora. ¿Por qué? Que se vaya al castillo de White, que haga su vida y que viva muy al margen de la nuestra.

—Rod, sé razonable.

—Lo estoy.

—Es una chiquilla, tendrá mucho dinero, pero carece de afectos y yo la estimo. Quise mucho a su madre y ella es su vivo retrato. No tiene orgullo, es sencilla y se adapta a nuestra vida.

—No seas visionaria, madre. ¡Adaptarse a nuestra vida! Hace que se adapta que es muy distinto. Para ella somos gusanos, criados, pobres seres desvalidos que trabajan como borregos. Eso somos.

Se levantó y marchó sin terminar el asado. Lana, que nunca había tenido luchas con su hijo, lamentó aquéllas y pensó en la pobrecita muchacha desamparada que, aunque tuviera mucho dinero, era la más desvalida de todas.

Rod vagó por el prado varios minutos y luego se marchó al pueblo en su caballo. Cuando regresó era ya madrugada y Mae, que no podía dormir en aquella cama dura, y se hallaba sentada junto a la ventana abierta, se preguntó de dónde vendría Rod a aquella hora avanzada de la madrugada.

Cuando se levantó a las once de la mañana, pues después de no poder conciliar el sueño, se durmió como un tronco, encontró a Lana en la salita envuelta en telas.

—Buenos días, Lana.

La besó en la mejilla, y Lana sintió de nuevo aquella honda emoción extraña que hacía cosquillas en su sangre.

—Buenos días, niña. ¿Has tomado el desayuno? ¿Extrañaste la cama?

—Un poco. Ahora tengo apetito. ¿Qué haces con esas telas?

—Voy a cortar un pantalón para ti y una blusa. Mañana podrás ponértelo.

—Estupendo —se gozó sincera—. Las faldas me molestan y no puedo andar todo el día con traje de montar porque las botas lastiman mis pies.

—Ve a tomar el desayuno. Susan te lo preparará.

—Luego, si me lo permites, vengo a ayudarte a coser.

—Bueno.

La vio correr hacia el comedor. Era una chiquilla deliciosa, y Rod tenía que darse cuenta algún día de que su encanto femenino era irresistible y quizá llegaran a ser grandes amigos. Ojalá fuera así. Dios lo quisiera.

\* \* \*

A la una de la tarde regresaron los de la siega y Mae hubo de reprimirse para no acercarse a las carretas llenas de heno y pedirle a Rod que le dejara saltar por allí.

Pero no se atrevió. Aquel animal con forma de hombre le imponía y se exponía a una respuesta agria. De pie en el porche lo vio acercarse con las botas llenas de paja, el pañuelo en el cuello, sudorosa la frente bajo el sombrero y con la camisa desabrochada enseñando su velludo pecho.

—Hola —saludó cuando llegó junto a ella.

—Hola.

—Por lo visto ayer no te tiró el caballo.

La tuteaba y Mae se alegró. Por mucho que pudieran reñir, si la tuteaba, ella tendría fuerzas para replicarle en el mismo tono.

—Ya te dije —contestó imitándolo— que sé montar a caballo.

—Sin duda.

Y sin más explicaciones se dirigió a la casa.

—¿No está la comida? —oyó que preguntaba a gritos.

Una voz leve, que sin duda era la de Susan, replicó respetuosamente:

—Aún falta una hora, Rod.

Por lo visto allí todo el mundo temía al bravucón. Ella también. Pero se le pasaría aquel miedo. Después de todo, Rod era un hombre como los demás y no lo creía capaz de matar a nadie, aunque tuviera a veces cara de matón.

—Aviva esa cocina —chilló—. Tengo apetito.

—Si deseas un poco de jamón con vino...

—Sí. Sácalo al porche.

Y allí lo vio de nuevo Mae.

—¿Quieres comer? —le preguntó, ceñudo—. Susan nos va a traer jamón y vino.

—Me levanté a las once.

—Ya —rió rudo—, lo de todas las niñas ricas.

—Oye...

—¿No es así acaso?

Mae se ofendió.

—Has de saber —dijo secamente— que en el convento me levanto a las ocho en punto.

—Pero ahora no estás allí. Mira, aquí viene Susan con el jamón y el vino. Déjalo ahí, Susan, sobre esa piedra. Perfectamente.

—Aquí no hay sala de fiestas, chiquita, ni mesas bonitas. Aquí una piedra es la base para un buen plato. ¿No comes?

—Que te aproveche.

—Gracias. Está exquisito.

Mae lo contemplaba con creciente curiosidad. Ella no había conocido a los hombres, si bien suponía que no todos eran tan brutos como aquél. Para las vacaciones del año próximo pediría a Lana que autorizara su salida a la Riviera con los príncipes, padres de Suzie, y podría conocer a los hombres de verdad, y cuando volviera a enfrentarse con Rod, lo compararía con conocimiento de causa.

—¿Cómo te encuentras en el campo? —preguntó Rod con la boca llena.

—Bien.

—Es sano.

—Sí.

—Cuando llegues a la mayoría de edad y puedas vivir tu vida, te vas a reír de todo esto.

—Me gusta el campo y nunca me reiré de él.

—El campo gusta a la gente una temporadita, pero luego cansa y cuando vivas o bien en tu palacio de la Quinta Avenida o en tu castillo de White... ya me dirás.

—Quizá para entonces no te vea —replicó con retintín.

Rod la miró de soslayo, se echó a reír como siempre hacía y comentó mordaz:

—Eso es lo más seguro, pero mi madre no acaba de convencerse.

—Tu madre es una buena persona.

—Claro que sí. Si lo dudara, te rompía las narices.

Mae consideró conveniente no responder y se acercó a una piedra y se sentó. A su lado había otra piedra, la cual hacía de mesa para Rod. Miró con cierto apetito el trozo de jamón y asió un poco. Se lo llevó a la boca.

—Está bueno —dijo.

—Todo lo de esta casa es bueno. Diferente a lo tuyo, pero bueno.

—Por lo visto te gozas en recordar que no estoy aquí por tu gusto.

Rod curvó la provocadora boca en una mueca. Se sentó en la piedra que hacía de mesa y el vaso rodó por el suelo junto con el plato vacío. No se molestó en recogerlo y Mae no lo hizo tampoco.

—Mira, chica, a mí me gustan las cosas claras y soy de un sinceridad abrumadora a veces. Por mi gusto nunca hubieras venido. ¿Qué has sacado con venir? La superiora de tu convento debió pensar que éste no es un lugar adecuado para una rica heredera. Y tu madre, antes de morir, debió pensar asimismo que mi madre no era para ti una tutora digna de su hija. Mi madre, como has dicho antes, es una persona buena, honrada y cabal. Una persona que cree cuanto le dicen y acepta de buen grado que todos los humanos son honrados y cabales como ella, cosa que yo no admito en modo alguno. Tú le das cariño, y ella confía en ese cariño.

—Soy sincera —adujo Mae, ofendida.

—¡Quién lo duda! Pero a mi madre no puedes quererla, puesto que apareció en tu vida hace apenas una semana. Eres indulgente para su ignorancia. No digo que éste sea un mal método. Es digno de una muchacha inteligente.

—Me estás ofendiendo de continuo.

—Perdona.

Susan apareció en aquel momento diciendo que la comida estaba lista. Rod dio una patada al vaso y se adentró en la casa, seguido por la joven, cuya ceja se alzaba más que nunca.

\* \* \*

—Me gustaría ir al campo donde están segando —indicó Mae a Lana aquella tarde—. ¿Crees que tu hijo se enfadará mucho si me ve llegar?

—No sé. Pero si quieres ir, hazlo. Ve a caballo y condúcelo en línea recta.

—De acuerdo.

Minutos después subía al potro. Vestía las mismas ropas que el día anterior y llevaba la fusta en la mano. Protegía la cabeza bajo una visera blanca y en los ojos, gafas de sol. Era muy linda, y sobre todo tenía un talle esbelto y una distinción innata, lo cual molestaba grandemente a Rod, aunque tuviera buen cuidado de callárselo.

Galopó por la pradera y supuso que se había extraviado, retirándose de la línea trazada por Lana, cuando observó que en todo el contorno no se veía campo de siega, ni a los segadores por parte alguna. En cambio, a su espalda quedaba la granja ancha y larga, rodeada de la pequeña tapia.

Tiróse del caballo y buscó un rincón donde echarse. Eran las tres de la

tarde y el sol calentaba como fuego puro. Tumbóse bajo unos arbustos y cerró los ojos. Puso las manos bajo la nuca y encogió un poco la pierna. Movi6 los dedos dentro de la bota. La oprimían y los dedos se resentían doloridos.

En la quietud de la tarde, Mae oyó una voz femenina y luego otra. Prestó atención. Sin duda, al otro lado de los arbustos corría un riachuelo y en él lavaban las mozas de la granja, porque el ruido del agua al deslizarse río abajo se confundía con las voces que dado el silencio del rincón en el cual se hallaba ella, llegaban nítidas a sus oídos.

—Haces mal —dijo una.

—Ya lo sé, pero él me sigue a todas partes cuando nadie lo ve.

—Pues continuó pensando que haces mal. Nunca se casará contigo. Rod no se casa con chicas de la comarca. Al menos con las mozas de su hacienda.

Mae sintió profunda curiosidad y dio la vuelta sobre sí misma. Boca abajo, con la cabeza metida entre los arbustos, buscó las dos siluetas femeninas. Vio sus sombras proyectadas en el agua, pero no pudo definirla bien. No obstante, oyó sus palabras y éstas le hicieron abrir los ojos desmesuradamente. Ella no conocía el amor, ni las maldades de los hombres, ni nada relacionado con sentimientos ajenos a la amistad, o al deber. Para ella era una novedad que Rod hiciera el amor a aquellas mozas y el descubrimiento puso una curiosa interrogante en sus grandes ojos muy abiertos en aquel momento.

—Si me ama...

—¿Te lo ha dicho?

—No. Nunca. Pero me cita en la pradera y yo voy...

—Repito que haces mal, Vicky. Rod tiene así engañadas a muchas chicas, pero no se casará con ninguna de ellas. Tú has dejado a tu novio con el cual pensabas casarte y creíste que Rod se casaría contigo. Pero no lo esperes. Puedo nombrarte a otras mujeres, que, como tú, le hicieron caso y después se rió de ellas y buscó otras. Tú eres la última en esta temporada.

—Yo le quiero.

—Bastante le importa eso a Rod, Vicky.

Las voces se alejaban y Mae seguía con los ojos desmesuradamente abiertos. Se prometió a sí misma saber quién era Vicky y lo supo aquella misma noche.

—¿Quién es Vicky? —preguntó a Lana.

—Aquella —replicó Lana, señalando a una muchacha, morena, alta y espigada, de rostro agraciado—. Es la encargada del lavado. Una gran

muchacha.

Por lo visto Lana ignoraba las fechorías de su hijo, y Mae, que era una inocente, se preguntó ingenuamente si Rod sería sólo adusto para ella.

En días sucesivos se entretuvo con creciente curiosidad en observar a la encargada de la ropa y a Rod. No veía nada anormal, únicamente que alguna vez se iban campo traviesa y regresaban horas después cada uno por un lado. Esto no dijo nada a Mae, que ignoraba aún lo que eran los hombres y las mujeres y de lo que eran capaces estos hombres y estas mujeres.

En el término de un mes se habituó al campo y se sentía feliz allí. Lana llegó a profesarle un hondo cariño y la hora más bonita y emocionante para Mae era aquella en que se iba a la cama, y Lana subía a darle las buenas noches, la arropaba, la besaba en la frente, y Mae se le quedaba mirando con los ojos húmedos.

—Lana —solía decirle—, eres la mujer más buena del mundo y yo nunca te olvidaré. Desde que murió mamá, nadie me besó al acostarme.

—De ahora en adelante, mientras estés con nosotros, te besaré yo.

Y se iba silenciosa, dejando en la alcoba un sabor dulzón que era para Mae lo más grande del mundo.

Con Rod apenas si tenía roce. Había mucho trabajo con la hacienda y paraba en ella lo menos posible, pues la siega se llevaba a cabo con gran celeridad, temiendo siempre las lluvias. De este modo llegó la víspera de volver Mae White a Francia, y Lana disponía aquella noche la maleta de la joven para la mañana siguiente, en que marcharía en el primer tren a Nueva York y allí tomaría el avión para Francia.

Mae estaba contenta. Iba a ver de nuevo a sus amigas, a Suzie sobre todo.

Se hallaba enfundada en los pantalones azules que le hizo Lana y la blusa escocesa, dos prendas que sentaban como un guante a su belleza rubia y silenciosa. Estaba junto al porche, con la espalda pegada en la pared y la vista perdida en el firmamento. Hacía una noche apacible y serena, y Mae sentía cosas raras dentro de sí, como si súbitamente despertara en ella la mujer que hasta entonces estuvo dormida.

—Por fin te marchas mañana.

Miró. A un metro de distancia estaba Rod, también apoyado en la pared, vistiendo pantalón de montar, camisa a cuadros y el pelo crespo bajo una gorra azul. Tenía la pipa en la boca y la miraba a ella. Sus ojos, a través de la oscuridad, resultaban más claros, y Mae se sintió un poco inquieta bajo aquella mirada penetrante, que era en la suya, como una espada.

## VI

—Sí, me marcho mañana. Quedarás contento.

Rod rió de aquel modo en él peculiar, mezcla de burla y fiereza.

—A decir verdad no me molestaste mucho. Creí que iba a ser peor.

—Eres poco considerado.

—Por ahí dicen que no lo soy nada. ¿Marchas contenta?

—Por no tenerte delante, sí; pero tu madre... ¿por qué eres tan diferente a ella?

—Una pregunta para la cual no tengo respuesta, aunque la busque en el fondo de mi cerebro. ¿Por qué el perro no es un gato? ¿Y por qué el castaño no da peras?

—Eres absurdo.

—Bueno.

—De todos modos... echaré de menos estos lugares.

—Quizá. Como no te veré mañana, ya que me voy al amanecer para el campo, te deseo un buen viaje.

—Gracias. ¿No me das la mano?

—Te la mancharía.

Y se alejó tranquilamente. Esta fue la última visión que Mae White tuvo de Rod durante dos años.

A la mañana siguiente, el coche de caballos de Ja granja llevó a Lana y a la joven al pueblo y dos semanas después, Lana estaba de vuelta.

—¿Qué tal? —preguntó Rod con rudeza—. ¿Ya has dejado a la señorita Mae en su nidito?

—Eres poco considerado con la chica huérfana.

Rod rió rudo.

—La chica huérfana —replicó, mordaz—. ¿Hay chicas huérfanas cuando

bailan los millones en tomo a ellas? No seas sentimental, mamá. Ella es una niña y no se da cuenta aún del lugar que ocupa, pero deja que pasen unos años y que la niña pueda firmar cheques... Ya verás, ya.

—Ella nunca será como tú piensas. Es demasiado noble.

—El tiempo.

El tiempo, como decía Rod, empezó a demostrar que si no todo, algo era como aseguraba él. A las vacaciones siguientes, Lana recibió una carta. En ella Mae le pedía permiso para irse a Suiza con los príncipes de Rosenman, padres de Suzie, su mejor amiga. Era invierno y decía que en Suiza los príncipes tenían un palacio para la temporada de la nieve. Lana mostró la carta a su hijo y Rod se echó a reír, regocijado.

—¿No te lo dije? La palomita empieza a salir de su nidito.

—Le daré el permiso.

Rod bufó.

—Naturalmente, querida madre. Es lo mejor que podías hacer porque maldita la gana que tengo de ver a tu señorita Mae por aquí.

Lana envió su conformidad y recibió carta de Mae algún tiempo después. Le refería sus andanzas, lo bien que lo estaba pasando y lo mucho que la apreciaba la familia de su amiga Suzie. Rod leía las cartas con la boca curvada en una risita irónica, las dejaba sobre la mesa sin comentarios y luego, si su madre le preguntaba, se echaba a reír regocijado.

Pasó el invierno y al llegar el verano, Lana habló con Rod.

—Será preciso que vaya preparando el dormitorio de Mae. Ella querrá venir a pasar aquí las vacaciones.

—¿Seguro?

—¿Por qué lo dudas?

—Porque conozco a esas jóvenes ricas, madre. Sólo por eso.

—De todos modos para el año que viene, ella cumple dieciocho años y vendrá definitivamente.

—Si antes no te pide permiso para pasarlo en Pekín —rió burlón.

Lana no respondió.

En junio se recibió una carta de Mae. Entre otras cosas, solicitaba a Lana autorización para marcharse a la Riviera con los príncipes, y Lana mostró la carta a su hijo. Este no se echó a reír con aquella risa que resultaba odiosa a su madre, sino que encogió los hombros, encendió la pipa, fumó indiferente y comentó tan sólo:

—Era de suponer. Da tu permiso.

A las vacaciones siguientes de invierno, Lana recibió otra carta con el mismo ruego y Rod le aconsejó que accediera.

Al llegar de nuevo otro verano, Lana habló otra vez con su hijo.

—Ahora se instalará de nuevo aquí hasta su mayoría de edad.

Rod al miró conmisericordioso y sonrió apenas.

—Me parece que de nuevo te equivocas, madre. Le has tomado demasiado cariño a esa joven...

—Se lo merece.

—Tal vez; pero... ya te he dicho que a las jóvenes como ella les gusta vivir su vida y la viven, qué duda cabe. La viven por encima de todo y el que queda atrás que lo parta un rayo.

—¡Rod!

Rod estaba enfadado por primera vez. Enfadado de modo diferente. No porque un criado hubiera hecho esto o aquello, ni porque su madre lo importunara con un sermón. Rod estaba enfadado porque «la niña rica» se iba acercando y defraudaría de nuevo a su madre; a su madre que era además de confiada, demasiado sentimental y ponía excesivo cariño en las personas.

Marchó de la salita sin responder y cuando llegó el cartero a la mañana siguiente, fue él quien recogió la carta.

—¿De quién es, Rod?

—De ella...

La abrió sin mirar a su madre y la leyó de un tirón.

—¿Qué dice, Rod?

—Dice que te recuerda con mucho cariño, que me saludes a mí en su nombre y añade que... le permitas irse a la Costa Azul con los príncipes...

—¿Dice... eso?

—Sí. Concédesele. Después de todo... es preferible que se aleje poco a poco, que venga a la granja y empecemos de nuevo a tomarle cariño.

Lana contempló a su hijo con expresión aguda.

—Has dicho «tomarle cariño», Rod. ¿Es que acaso tú se lo has tomado?

Rod parpadeó.

—¡Bah!

Y sin aclarar nada, salió al porche y alzó la cabeza a lo alto con rara precipitación.

Se le envió el permiso a Mae y durante tres meses escribió a Lana tres cartas, una mensual. En ella decía lo mucho que se divertía. La infinidad de cosas que veía y las ganas que tenía de ser presentada en sociedad para poder

asistir a fiestas y bailes sociales. Enviaba al final saludos para Rod, y para Lana un abrazo muy fuerte.

## VII

Al final de aquel verano se recibió otra carta de Mae. Esta fue leída por Lana en voz alta y Rod escuchó su lectura sin parpadear, pero mordiéndose la pipa con irritación.

«Mi queridísima Lana: Ha finalizado el verano y con *él* mi estancia en colegio. Tengo muchas ganas de verte y de discutir con Rod, a quien imagino siempre de mal humor; pero también quisiera ser presentada en sociedad este invierno y los príncipes se ofrecieron a dar una fiesta en su casa a principios de año, en la cual presentarán a su hija Suzie y a mí. Espero que esto no te moleste. Os haré una visita dentro de poco, pues los príncipes, que han viajado entretanto su hija no finalizaba su educación, se instalarán dentro de breves días definitivamente en su casa de Nueva York, a la cual me han invitado muy gentilmente y a cuya invitación no puedo negarme. Te ruego, Lana, me escribas diciéndome si me das tu consentimiento y espero asimismo que no te parezca demasiado mal el que me quede en casa de mis amigos una temporada. Espero tu carta. Besos para ti y saludos para Rod.

»*Mae White.*»

Hubo un silencio que interrumpió Lana con voz ahogada:

—Se lo daré.

Rod se puso en pie con precipitación y se acercó a la ventana. De espaldas a su madre, observó:

—No me explico por qué te han nombrado su tutora, si tiene un buen tutor

en el príncipe ése...

—No seas injusto. La chica es joven y quiere vivir.

—Si bien olvida sus deberes para contigo y te cree tan cándida que...

—Rod, no digas una necedad.

El muchacho se volvió en redondo.

—No son necedades. Digo las verdades bien claras. Si yo fuera su tutor, le negaba ese permiso. ¡Presentarse en sociedad!... Claro, y hala, después todos los moscones tras su fortuna y el día menos pensado te pide permiso para casarse y tú, la tonta, la humillada, la ex doncella lo da. Pues, no. ¿Me entiendes? ¡No!

—¡Rod!

—Ahora soy yo quien no desea que esa jovencita sea el día de mañana una desgraciada y no quiero que viva precipitadamente, encuentre en su camino un caza dotes y se la lleve tan limpiamente.

—Pero, Rod, hijo mío...

Rod reaccionó al pronto y llevó una mano a la frente con la cual limpió el sudor que la perlaba.

—Tiene demasiado dinero —dijo, recuperando su flema—. Mucho, madre. Yo... administro sus bienes y sé a cuánto alcanza el capital de los White. He sido honrado en esa administración y le tomé cierto afecto al apellido de la joven. Quisiera que... fuera feliz. Que hallara en su vida un hombre que la estimara de veras, que supiera lo que ese dinero significa.

—En eso no podemos metemos, Rod.

—Sí puedo meterme. Soy tu hijo y tú eres su tutora y yo...

—Rod.

—Bien, ya hablaremos en otra ocasión.

—Escucha. Yo voy a dar mi consentimiento y si tras de ser presentada en sociedad, vuelve a pedirlo... lo negaré.

—Está bien.

Así se hizo. Mae, pese a su promesa de volver por la hacienda, no apareció. Fue presentada en sociedad y los periódicos llegaron a la aldea. En ellos venía reproducida la figura gentil, junto con Suzie. Se comentaban sus bellezas, su juventud, su gentileza... Rod arrugó el periódico y lo tiró en la chimenea.

—Rod.

—Ya te lo dije. Ahora vive su vida, pero que tenga cuidado.

—¿Qué debo hacer, Rod? ¿La llamo? Han pasado varias semanas desde su

presentación...

—Espera aún. En invierno esto es desagradable. Y después de haber vivido en los grandes salones, no creo que le satisfaga.

—Además, si la llamo, vendrá forzada y esto más que un hogar será una cárcel para ella.

—De cualquier forma que sea —adujo Rod, impaciente—, esto nunca será un hogar para una muchacha de su categoría. Después de todo —añadid encogiendo los hombros— tal vez sea mejor para nosotros que viva lejos de aquí.

—Entonces, Rod...

—Déjala.

Cuando regresó aquella noche del trabajo, Lana le salió al encuentro con el rostro radiante.

—Rod...

—¿Qué ocurre?

—Mae llamó por teléfono. Fue para mí un momento de gran emoción.

El muchacho sonrió apenas. Aquellos dos años y medio transcurridos habían endurecido aún más sus facciones. Y las arruguitas que se formaban en torno a sus ojos y a su boca le daban aspecto de cansado, de hombre mayor. Puso su mano en el hombro de su madre y repuso :

—¿Y qué dice la señorita Mae?

—Que se está divirtiendo mucho, que es un sueño todo cuanto la rodea, que los príncipes no la dejan venir...

—Y tú, su tutora, ¿qué respondiste?

—Yo... —se aturdió Lana— pues...

—La madre de Mae debió pensar, puesto que te conocía, que eres demasiado blanda para ser tutora de una chica joven que le agrada en extremo la vida social.

—Rod... yo aprecio a Mae de veras y deseo su bien.

—¿Y sabes acaso cuál es el bien para Mae? —hizo una rápida transición y pidió—: ¿La cena, madre? Tengo un apetito devorador.

La cena transcurrió en silencio. Al final, Rod encendió la pipa y fumó lentamente, sin levantar los ojos del plato.

—Rod...

—Dime, madre.

—Ella... me preguntó si podría quedarse con los príncipes todo el invierno.

—Y tú le dijiste que sí.

Lana asintió sin palabras.

—Lo mejor de todo es que renuncies a su tutela y le pases ésta a ese príncipe tan acaparador.

—Eso nunca. Además, la señora White...

Rod rió rudo.

—Ella está muerta, no levantará la cabeza, pierde cuidado.

—De todos modos.

—Bien —se puso en pie—. No me hables de eso. Allá Mae, sus diversiones y sus príncipes.

Y se retiró, dejando a Lana pensativa. Quizá no había hecho bien en consentir. Quizá Mae se estaba habituando demasiado a la vida social. Tal vez hallara un hombre en su camino y este hombre no supiera considerar el gran valor moral de la joven... Era, sí, ser tutora de una muchacha rica, una gran responsabilidad. En eso tenía razón Rod.

## VIII

Rod se hallaba, como en otras ocasiones, después de la comida, tumbado bajo el porche. Tenía la pipa en la boca, una mano tras la nuca y la cara tapada con la gorra.

Hacía un calor sofocante y el tejado del porche proyectaba cierta sombra en la figura tumbada del hombre. Lana se había ido a la huerta momentos antes, en compañía de una joven a recoger lechugas que a la tarde bajaría Jim en la carreta a la plaza del pueblo. Los mozos preparaban los aperos de labranza y la siega continuaría horas después. Rod descansaba. Era una forma de descansar muy digna de él, lo suficiente cómoda.

Había llegado un nuevo verano e iban tres desde que Mae White se fue de la casa, rumbo al pensionado. Rod pensó en ella y sonrió sarcástico. Leía los periódicos diariamente y en ellos siempre hallaba algo referente a las muchachas guapas pertenecientes a la alta sociedad. En las revistas que el alcalde del pueblo, amigo suyo, le dejaba, veía reproducida la alta y elegante silueta femenina. Bien vestida de amazona, o bien embutida en traje de noche. La gran heredera... Pronto le pedirían la mano a su madre, se casaría y dejaría de ser una pesadilla.

Sintió el ronco motor de un auto, pero no se movió. Seguramente que era el «Jeep» que había adquirido, aquel invierno pasado y que Van, su criado preferido, conducía del camino hacia el cobertizo. Sintió el ruido seco de la portezuela al cerrarse y siguió inmóvil con la pipa en la boca y la gorra tapando sus dos ojos.

—Esto no varía —dijo una voz femenina, de rico arpegio—. La gorra, la pipa y el suelo haciendo de lecho.

Rod parpadeó bajo la gorra. La retiró con lentitud y con la misma lentitud se sentó.

—Ajajá —rió áspero—, la niña bonita vuelve al terruño.

—Eso es. ¿Cómo estás, hacendado?

El hacendado la delineaba sin ningún reparo y Mae se ruborizó de los pies a los cabellos. Estaba acostumbrada a las miradas de los hombres, pero la de Rod no tenía punto alguno de afinidad con otras muchas masculinas.

—Estoy bien —dijo, curvando la boca en una risita burlona—; pero tú... mucho mejor.

Se puso en pie con pereza, sacudió el polvo de su pantalón de montar y quedó erguido ante ella. Era alta y esbelta y de una distinción tremenda, pero junto a Rod, apenas si se notaba. La dominaba con su estatura, con su fortaleza extraordinaria, con aquella su cara atezada que adoraban todas las muchachas casaderas.

—Decididamente estás muy guapa —refunfuñó—. Creo que excesivamente guapa para estos lugares tan poco en consonancia con tu elegancia. ¿Y ese carro tan estupendo?

Mae, un poco aturdida, siguió la trayectoria de los ojos de Rod y se quedó mirando su flamante descapotable, último modelo.

—Es mío.

—Ajá. ¿Cuándo lo adquiriste? Porque yo no he dado un centavo y soy tu administrador.

—Tendrás que pagárselo al príncipe Sergio.

—Bien, bien. ¿Vienes por muchos días? ¿O es sólo una visita de minutos para saludar a tus pobres amigos?

—Los príncipes se han ido a la Riviera y yo consideré conveniente trasladarme a vuestro lado.

—Una concesión muy digna de la niña indulgente.

—No vengo a oír tus reproches, Rod —dijo enfadada.

Rod no se inmutó lo más mínimo. Rió con su flema acostumbrada, con aquella risa odiosa que era una provocación y una burla.

—En tres años —observó analítico desnudando a la joven con la mirada— has cambiado. Sí, sin duda has cambiado. Eres más alta, más mujer, más... sugestiva. Sin dudarlo podemos afirmar que te has convertido en una mujer espléndida.

—¿Es un cumplido obligado, Rod?

—En modo alguno, mi guapa heredera. Es un cumplido sincero, verdadero. Pasa, pasa y entra en la casa. Diré a Van que suba tu equipaje. Claro que... quizá no te agrade tu alcoba. Es la de siempre y vendrás

acostumbrada a las regias cámaras principescas del palacio de tus amigos.

Ella se sintió humillada por aquella ironía, pero consideró conveniente no hacerle caso.

—¿Dónde está tu madre?

—Recogiendo lechugas. Como ves aquí no se baila ni se divierte uno. Aquí —y se echó a reír con sarcasmo—, aquí trabaja todo el mundo.

—¿Nunca te han dicho que eres el más odioso de los hombres?

Rod se quitó la pipa de la boca, levantó la bota y sin ningún movimiento la golpeó con ella. Cuando la cazoleta quedó vacía, la ocultó en el bolsillo superior de la camisa y Mae observó el pecho ancho y poderoso que la camisa desabrochada, como siempre, dejaba al descubierto.

—Las muchachas de esta comarca conocen a pocos hombres —indicó con flema—, lo cual indica que no soy una muestra para diferenciar. Pero tú hablas con justicia: conoces a muchos.

—¿Es... un insulto, Rod? Porque no vengo aquí a discutir contigo. Vengo a descansar.

—Ajá.

La joven dio la vuelta en redondo y Rod se acodó en el umbral de la puerta. Tenía la gorra ladeada en la frente y miraba a la joven con expresión contenida.

La vio cruzar el vestíbulo y dirigirse a su cuarto. Los ojos de Rod se empequeñecieron. Pero no por eso dejaron de mirar el cuerpo esbelto y joven que se perdía tras la puerta de su alcoba. Vestía un modelo de tarde descotado, incitante. Sí, como todas las chicas de la ciudad que reproducía la revista de modas. Calzaba altos zapatos y sus cabellos rubios y cortos se peinaban hacia atrás dejando despejado el óvalo irregular, pero de una fascinación extremada.

Así estaba cuando llegó Lana.

—¿De quién es ese coche tan bonito? —preguntó la mujer.

Rod no se movió, pero repuso con retintín:

—De ella, de tu linda pupila.

Y sin más explicaciones, dio la vuelta en redondo y se dirigió a las carretas.

—¡En marcha! —gritó.

Y su voz sonó más ruda que nunca.

\* \* \*

—¡Querida, querida! —susurró Lana, abrazando a la joven.

Mae sintió una honda emoción. Amaba a aquella mujer, en la cual su madre tenía que confiar mucho para haberla dejado en su poder. Las cosas, los sentimientos, las razones, los cariños... todo se definía mejor en el corazón de Mae, que era ya una mujer. Antes fue una niña y no se dio cuenta de nada. Pero ahora...

—¡Lana!

—Querida mía, creí que este día no llegaría nunca. —La apartó de sí para verla mejor—. Estás... guapísima. ¡Pero qué linda estás!

—Son tus ojos los que me ven así.

—Los míos y los de todos. ¿Vas a estar muchos días con nosotros?

—Todo el verano. Siéntate junto a mí, Lana. Así —le pasó un brazo por los hombros—. ¿Sabes, Lana? Me he cansado de todo, de los bailes, de los galanteos de los hombres, de las fiestas, de los teatros... Quiero descansar. Vestir como quiera, correr por el campo, tumbarme al sol como tu hijo y sentir en la cara los rayos candentes de un sol reparador.

—Mae, hijita, cuánto me alegro.

—Y comer tus sanos caldos y tus pollos asados y tus lechugas frescas. Por eso no he ido a la Riviera con los príncipes. Siento de súbito la necesidad de una familia verdadera. De los gritos y las ironías de Rod, de tus silencios y tus besos... Es —añadió pensativamente— como si de pronto echara de menos el calor de un cariño verdadero.

—Tus palabras me llenan de emoción y de regocijo, querida Mae.

—Ellos, los príncipes, me aprecian mucho. Suzie es mi mejor amiga, pero... viven mucho hacia afuera, casi nunca comen en casa. Tienen un palacio maravilloso, casi tan bonito como el mío, que está cerrado en la Quinta Avenida, pero no basta eso para llenar a veces un corazón sediento de cariño. Yo... —su voz se hizo un susurro— desde los diez años no sentía el afecto de nadie. Afectos leves, amistades. Pero eso que llega hondo como una caricia interminable, eso que necesita todo ser humano sensible. Tú... me das ese cariño y aunque Rod riña e ironice, yo sé que... si hubiera que defenderme, tu hijo sería el primero en saltar como un león en mi defensa.

—Sí, querida.

—Por eso estoy aquí. Porque me he cansado de las fiestas, de los afectos

convencionales... Necesito el cariño verdadero y tú me lo das.

Lana lloraba, Lana era muy sensible y adoraba a aquella muchacha.

—No llores, Lana. Desde que os dejé no he sentido el llanto de nadie. Por ahí, por ese mundo que yo anhelaba conocer y que al fin he conocido en todas sus manifestaciones, nadie llora, todos ríen. Y a veces un llanto consuela a una...

—Vendrás hambrienta —susurró la mujer, aturdida.

Mae sonrió.

—Hambrienta de todo esto, de tus pollos y tus tortas de manzana.

—Te prepararé un baño. Ya sabes... aquí no tenemos cuarto de baño, pero hay una hermosa tinaja.

—Lo recuerdo —rió divertida—, Y te voy a decir algo curioso, Lana. Desde que marché de aquí no hice nada de nada. Los trajes, el baño, los zapatos y hasta mi pelo fue obra de los demás. Y necesito moverme, ¿sabes? Hacer algo útil, sentirme una mujer como las demás; así, pues, permíteme que yo misma prepare mi baño como antes.

—Eso no.

—Eso sí. Te lo ruego.

Lana se enterneció.

—¿No has visto los montones de ladrillos y barro y cemento que hay al otro extremo de la casa? Rod ha reunido dinero durante muchos años de trabajo y pretende alzar una casa bonita cerca de aquí. Esta pasará luego a ser para el ganado y los criados. Quiere emplear algo de ese dinero que tantos sudores le costó ganar. Las obras, empezarán tan pronto terminen las siegas. Este año la cosecha es buena y producirá mucho dinero.

—Me alegro, Lana.

—Rod es un muchacho excelente —añadió sin malicia. Lana no la tenía jamás—. Trabaja mucho y es, dentro de su rudeza, un hombre cabal y honrado.

—Lo sé, Lana.

—Ahora voy a disponer en la cocina algo para que comas.

—¿Sigue la vieja Susan de cocinera?

—Sí. Algo más gruñona, pero continúa haciendo algo.

## IX

—¿Y la señorita Mae? —preguntó el vozarrón de Rod.

Mae, que se hallaba sentada sobre una piedra fumando un cigarrillo, se replegó hacia atrás. Rod no la había visto y Lana no sabía que estaba allí, lo cual le permitiría conocer la opinión de Rod sobre ella y sentía cierta curiosidad.

—Ha salido de paseo por la pradera —replicó Lana—. ¿Cuándo se termina la siega?

—Pronto. De modo que de paseo por la pradera. ¿Hasta cuándo?

—No empieces ya, Rod. La pobre niña se siente ansiosa de esta quietud.

Rod rió escandalosamente y Mae tuvo ganas de salir de su escondrijo y darle dos bofetadas. Odiaba su risa y su voz poderosa, y su pecho ancho y su andar pausado, y hasta el brillo acerado de sus ojos, que era en su persona como espadas afiladas.

Pero no se movió de su sitio.

—La pobre niña. ¿Cuántas veces he de decirte que la pobre niña como tú dices está cargada de dinero? No hay nadie pobre con tantos dólares.

—Pero no tiene ningún afecto.

—¿Y el tuyo? —rió burlón—. ¿Acaso no es el más sincero de los afectos? Pero claro, a la niña rica le importa un rábano ese afecto tuyo. Habrá dejado otros muchos por el mundo. ¿No te dijo aún que pensaba casarse?

Mae dio un salto, pero quedó de nuevo sentada, inmóvil, furiosa, asombrada. Escuchó con el corazón dando fuertes golpes en su pecho, y maldiciendo al embustero.

—No, Rod. ¿Es... que piensa hacerlo?

—Claro. Tiene diecinueve años y muchos millones, lo cual quiere decir que tendrá también moscones tras el olor apetitoso de su dinero.

—Ello indica que son suposiciones tuyas.

—Verdaderas —cortó.

Y Mae sintió fuertes pasos a través del vestíbulo.

«¡Embustero!», pensó. Embustero y mal pensado, irónico y brutal. Todo lo tenía Rod recopilado en su persona y Mae sintió dentro de sí algo parecido a la irritación.

Cuando entró en el comedor eran las nueve de la noche. Lana disponía la mesa y Rod fumaba su pipa, tendido incorrectamente en un diván. Al recortarse la figura femenina en la puerta, Rod levantó un párpado y la miró. Pero Mae sintió sus dos ojos en su persona. Dos ojos atrevidos y provocadores, y un frío la recorrió toda.

Vestía pantalón negro, estrecho en la media pierna, un jersey blanco descotado, enseñando su piel morena, tostada por el sol. Calzaba zapatos bajos y más que una muchacha corriente, parecía un figurín.

—Buenas noches —saludó, y con decisión se acercó a Lana y la besó.

Rod se echó a reír.

—¿De qué te ríes? —preguntó furiosa—. ¿Quieres que también te bese a ti?

Rod se sentó con mucha calma. Lana sonreía y desapareció por una puerta, con una bandeja en las manos. El hombre se acercó lentamente a Mae, la miró desde su altura y dijo de modo raro:

—Si me besaras... no lo olvidarías en toda tu vida; tenlo presente.

La muchacha se aturdió, si bien quiso aparentar lo contrario.

—¿Sí? ¿Y eso por qué?

La mano de Rod cayó como un mazo sobre el hombro desnudo y Mae sintió que un escalofrío la recorría de pies a cabeza. Pretendió retirarse, pero la mano de Rod no era una mano vulgar. Cayó como un mazo, sí, pero de súbito se hizo caricia en su carne y Mae parpadeó.

—Mis besos... —dijo bajo, entre burlón y serio— no los olvidan las mujeres con facilidad. Tenlo presente, niña bonita, y abstente de provocarme. Soy tan bruto que... me olvido fácilmente de la situación que ocupan los demás y hasta de la que ocupo yo. Para mí —añadió, quitando la mano del hombro femenino y hundiéndola en el bolsillo del pantalón— hay raí el mundo dos clases de personas. Hombres y mujeres, cuando los hombres y las mujeres quieren...

Se apartó de él como si la quemara y Rod se echó a reír sin terminar la frase.

—Eres una miedosa —se burló después—. ¿Te gusta la torta de manzana? Esta noche la tenemos estupenda. Lana Brown se...

Lana apareció en el umbral y tras ella una criada. Era Vicky. Mae recordó y miró a Rod con curiosidad, pero éste golpeaba la pipa en la suela de la bota y dio tanta importancia a Vicky como a la ceniza que manchaba la estera.

Tras de la cena, que transcurrió entre bromas de Rod, sermones de Lana y silencios de Mae, ésta salió al porche y se sentó en la piedra que un día hizo de mesa para el jamón y el vino de Rod. Encendió un cigarrillo y contempló filosófica el cielo diáfano, que como manto se extendía salpicado de estrellas a todo lo largo del firmamento. Eran noches apacibles las de aquel paraje oculto en el fondo de un valle inmenso. Eran noches tranquilas, puras, y Mae sintió una paz dentro de sí; una paz bienhechora, que purificaba todo cuanto había dentro de ella.

—¿Puedo sentarme a tu lado? —preguntó Rod.

Lo miró. Tenía la pipa en la boca y una sonrisa en los ojos, que pretendían ocultarse bajo el peso de los párpados perezosos.

—Siéntate.

Lo hizo en el mismo suelo y encogió las piernas enfundadas en las botas lustrosas. Pasó un brazo por las piernas y se quedó mirando a la joven, que ahora lo dominaba desde la piedra.

—¿Añoras tus noches deslumbrantes en los salones no menos deslumbrantes?

—No. Porque si las añorara no estaría aquí.

—Ya. Eso supongo. ¿Te has cansado?

—En modo alguno.

—Mi madre dice que sí. Que necesitas paz, tranquilidad... ¡Qué ilusas son las madres, algunas veces!

—Desde que llegué, te estás burlando de mí.

Rod no se echó a reír esta vez. La miró, alzó los ojos al cielo y comentó:

—Hace una noche invitadora. ¿Quieres dar un paseo por el prado?

—Lo veo bien desde aquí.

—¿Me tienes miedo?

Mae se enfureció. Le tenía miedo, sí. No se lo había tenido nunca a hombre alguno, pero ahora...

—Eres un fatuo, Rod.

Iba a proseguir, pero una silueta de mujer salió de la casa, pasó junto a ellos y se perdió en el oscuro patio en dirección a la casita fronteriza donde

vivían los criados. Aquella silueta femenina pertenecía a Vicky, y Mae vio cómo los ojos de Rod la seguían.

—Esa quizá te tenga miedo —dijo Mae audaz—. Yo no.

—¿Y por qué ésa?

—Es... una gran amiga tuya.

Rod arrugó el ceño.

—¿Una qué...?

Mae se sintió nerviosa, sin saber por qué.

—Una amiga tuya —tartamudeó.

Rod se puso en pie. Lo hizo con súbita decisión y se inclinó hacia ella.

—Mae —dijo bajo, con rara entonación que estremeció a la joven—, no quiero que tú andes en chismes. Ni que pienses cosas feas. Yo soy un hombre y me gustan las chicas, pero nunca engaño a ninguna. Tú... vive muy al margen de todo eso.

Se iba. Mae parpadeó.

—Rod.

—Ya lo sabes, Mae. Eres demasiado..., demasiado pura, y sentiría que...

Se fue al fin. Resultaba incomprensible y Mae, desconcertada, quedó junto a la piedra y encendió rápidamente un cigarrillo. Sus dedos, al sostener el encendedor, temblaban perceptiblemente.

## X

Desde aquella noche, Mae apenas si tuvo un aparte con Rod. Este se pasaba los días en el campo y cuando regresaba a casa era ya tarde y, o bien, se retiraba a su cuarto, o bien, subía al caballo y se iba al pueblo.

Al cabo de quince días terminaron las siegas y mientras Mae se pasaba las tardes tumbada sobre los montones de paja, veía a Rod disponiendo las obras que se llevaban a efecto con gran celeridad, ya que el hombre tenía metido en la cabeza que la casa había de estar finalizada a principios del invierno, cosa que el arquitecto no admitía.

El arquitecto se llamaba Mickey, era joven, bien parecido y lanzaba agudas miradas hacia la señorita de la casa, cuya historia nadie desconocía y aunque el arquitecto era de Nueva York, los vecinos ya le habían explicado todos los pormenores respecto a la linda joven llamada Mae White, la cual le fue presentada por Lana. No volvió a charlar con ella, ya que se pasaba los días tumbada al sol y lejos de todo el mundo, aunque la joven seguía las obras con verdadero interés.

Aquella tarde, Mickey, una vez inspeccionó la buena marcha de todo, se retiraba. Tenía su coche junto al de ella, bajo el cobertizo, y para ir hacia éste, debía pasar junto al montón de paja. Allí estaba Mae, embutida en pantalones, protegidos los ojos por gafas de sol y cubierto el busto con un jersey de un tono indefinible, el cual sentaba maravillosamente a su belleza rubia.

—Hola —saludó.

—Hola —replicó Mae—. ¿Qué tal va eso?

Mickey se detuvo y la miró. La miró como muchos otros hombres la miraban, pero cuyas miradas ya no afectaban a Mae.

—Van bien, pero no se terminarán para cuando el señor Brown desea. Es

mucho lo que quiere, y aunque disponemos de un buen equipo... no será suficiente para darlo por terminado a finales de verano.

—Siéntese —invitó Mae.

Mickey se sentó y le ofreció un cigarrillo.

—¿No se aburre usted?

—Claro que no. Me gusta estar bajo los rayos del sol. Mirar y mirar... Es un entretenimiento.

Prendió el cigarro en el mechero de Mickey y fumó con fruición.

—¡Cuidado con el fuego, Mae! —gritó la voz furiosa de Rod.

Mae ya estaba acostumbrada y no se inquietó lo más mínimo, pero el arquitecto se puso en pie y apagó el cigarrillo.

—No se preocupe —sonrió Mae—. Rod da unos chillidos capaces de despertar a un muerto, pero no me asusta. Aprendí a comprender que a veces no es tan fiero el león...

Mickey, nervioso, pues le gustaba mucho aquella muchacha, siguió hablando de naderías y cuando se despidió, Mae lo siguió con una mirada irónica. Al momento tenía a Rod a su lado. Estaba lleno de barro y éste le llegaba al pelo y a las pestañas.

—¿Qué te decía ése?

—Eres incorrecto hasta para hacer preguntas.

—Apaga ese cigarrillo y déjate de monsergas —dijo él— Si soy incorrecto, tanto mejor.

—Lo eres mucho. Y vuelve a tu barro.

Rod no se movió. Tirado sobre la paja, apenas si se veía su figura. De súbito, Mae dio la vuelta y quedó boca abajo. Inmediatamente, Rod la imitó y su cabeza estuvo bajo los ojos pensativos de Mae. En silencio, sin moverse, alargó un dedo y lo posó en las pestañas de Rod. Lo quitó el polvo, y él cerró suavemente los ojos.

—Ahora vuelve a tu barro.

—Me gusta estar junto a ti.

—Para regañarme continuamente.

—Si fuera para quererte —susurró de modo extraño— te aturdiría.

Mae parpadeó.

—Eres un patán simpático.

—Sí —rió Rod—. Un patán...

—No lo tomarás como ofensa, ¿verdad?

—En modo alguno. Tengo buen sentido del humor. Pero..., ¿sabes? Este

patán...

—Sigue.

—Te aturdiría. Eres demasiado ingenua, pese a tu segura mundología. Yo, sin salir de aquí... Pero tú que has salido no comprendes a los patanes apasionados.

Se incorporaba.

—Rod...

—Adiós, monadita mía.

Se fue. Mae entrecerró los ojos y siguió la silueta masculina. Fuerte, poderosa... Un hombre que atraía, producía miedo y deseo. Un hombre extraño que sabía decir cosas que llegaban a lo hondo y con su risita crispaba los nervios de un santo. Suspiró y dejó de pensar en él. Pero siguió viéndolo dando órdenes, trabajando con una verdadera legión de hombres. Si se empeñaba..., claro que se terminaría la casa a principios de invierno. Era terco como una mula y sabía lo que se traía entre manos. Era Rod Brown mucho Rod Brown para que nadie lo venciera.

\* \* \*

—¿Vienes?

Se lo quedó mirando.

—Ya me he quitado el barro, ya sacié mi apetito y ahora me siento un poco romántico. ¿Vienes?

Tampoco respondió.

—El riachuelo corre río abajo produciendo un sonido raro, gusta al oído. Y bajo la luz de la luna el agua forma arabescos bonitos. ¿Vienes?

Sin responder, echó a andar a su lado. En silencio se perdieron bajo la arboleda. Se internaron en el bosque y salieron al prado.

—¿Descansamos?

—Bueno.

Se sentaron en la hierba, que, amontonada, había quedado a secar, para ser recogida al día siguiente. El olor que subía de aquella hierba produjo en Mae un raro estremecimiento. Le gustaba aquel olor, y el sonido del río y las estrellas que parpadeaban en lo alto. Volvió a estremecerse.

—¿Tienes frío?

—Claro que no. Hace calor.

—Estás temblando.

—Tonterías.

Se tumbó boca abajo. En silencio encendió un cigarrillo y de súbito él se tumbó junto a ella y le quitó el cigarrillo de la boca.

—Dámelo.

—Fumas mucho. Antes, cuando viniste la primera vez, no fumabas.

Lana, en la casa, estaba intranquila. Los había visto marchar y tenía miedo. Por primera vez lo tenía. Conocía a Rod, y Mae era, para los efectos, una chiquilla. Pero Rod era un hombre y estaba acostumbrado a hacer todo aquello que el cuerpo le pedía, y había que ser tonto para no ver que a Rod le gustaba Mae. Cielos, Lana se sentía inquieta como nunca. Era preciso hablar con Rod, y decirle..., decirle... ¿Qué podía decirle?

En el campo, bajo la luz de la luna, continuaban silenciosas las dos figuras. Rod metió la cabeza bajo la de Mae y le dijo bajito:

—Sería estupendo que fueras una campesina.

—¿Sí? ¿Y por qué?

—Para tomarte en mis brazos.

—A ellas..., ¿las tomas?

—Sí. Me gusta. Y las miro y las beso... Es una necesidad..

Mae parpadeó nuevamente.

—¡Qué cosas dices!

—¡Cosas! —rió—. Sí, son cosas absurdas.

Mae consideró conveniente regresar a la hacienda y fue a ponerse en pie, pero Rod la sujetó por el hombro y la dobló contra sí, besándola.

—Suéltame, Rod, Suéltame, basta...

La soltó y ambos se pusieron en pie. Y aunque parezca extraño, no se dieron una explicación a aquel beso. Caminaron uno junto al otro sin mirarse, como si cada uno de ellos fuera sumido en sus propias reflexiones que, aunque no quisieran, convergían en el mismo punto.

Al llegar a la casa, Rod se detuvo, miró a lo alto y murmuró:

—Mañana hará un día espléndido.

Y esto fue peor para Mae que si la besara de nuevo. Entró en la casa y se dirigió directamente a su alcoba. Rod quedó bajo el porche con la boca plegada en una raya recta y la vista perdida en el infinito.

—Rod...

Miró breve. Sonrió apenas.

—Rod.

Indicó con un ademán que dijera lo que quisiera. Lana se aproximó.

—Te escucho, madre.

—Tengo miedo.

—Y yo —replicó Rod con rudeza.

Y dando la vuelta, pasó ante su madre y se adentró en la casa. Se cerró en su cuarto y Lana se fue al suyo, pero al pasar junto a la puerta de la alcoba de Mae, dudó un instante y súbitamente empujó la madera. La puerta cedió. Lana buscó en la oscuridad la silueta femenina. La cama estaba intacta y Mae no parecía dispuesta a acostarse. Se hallaba junto a la ventana, con la frente pegada al cristal.

—Mae.

—¿Qué, Lana?

La mujer parpadeó. Sin duda quería decir algo, pero las frases no salían de su boca.

—Venía a darte las buenas noches —pronunció bajísimo.

Mae se le acercó y ofreció su mejilla. Siempre, desde que conoció a Lana, le profesó afecto, pero ahora mucho más. ¡Oh, sí!, infinitamente más.

Lana la besó, la miró luego con insistencia y al fin sonrió y se fue. Mae apoyó la espalda en la madera y tapándose la cara con las manos se quedó inmóvil.

\* \* \*

Había dormido mal. La escena que tuvo lugar en el campo, bajo la luz de la luna, dejó en el ánimo de Mae una terrible batalla espiritual. Fue como si hasta aquel instante estuviera dormida y de pronto un mazazo en la cabeza la despertara y tras del mazazo algo leve como una caricia volvía a adormecerla, pero este sueño era, más que una mortificación, un intenso placer aún indescifrable.

Vistió traje de montar antes de salir de su alcoba. Se iría al campo toda la mañana y vagaría sin pensar en nada. No deseaba acordarse de lo ocurrido, no quería pensar asimismo en lo que Rod le diría cuando la viera. ¿Le gustaría una broma pesada? Sería como recibir una bofetada en plena cara. ¿Se burlaría de ella? No, porque Rod era lo bastante intuitivo para saber que ella, a su lado, había recibido una experiencia, la primera y más turbadora experiencia.

Y si se burlara... Ella era capaz de cruzarle la cara con el látigo delante de todos sus criados.

Se miró al espejo. Vestía calzón de canutillo color avellana. Jersey blanco de lana, un pañuelo de colores en los cuales imperaba el marrón, atado con gracia en tomo al cuello. Calzaba altas polainas y ocultaba el rubio de su pelo una visera blanca. Con el látigo en la mano, la joven salió de su alcoba. Pisó fuerte. No deseaba que nadie penetrara en su estado de ánimo. Era preciso alzar la cabeza, sonreír y curvar la boca, aquella boca que Rod había besado intensamente.

—Buenos días —saludó besando a Lana.

—Buenos días, querida mía —replicó Lana, admirada—. Estás... guapísima.

—Gracias, Lana. ¿Tengo preparado mi jugo de limón?

—Allí.

—Gracias, Lana. Sin ti no sé qué sería de mí.

—Pero algún día te irás...

—Sí, algún día...

—Ahí tienes una carta.

Mae, que ya tenía el vaso de limón en la mano, lo depositó de nuevo en la mesa y alcanzó la carta. La miró.

—Es de Suzie —explicó, y la ocultó en el bolsillo del pantalón.

—¿A dónde vas ahora?

Mae apuró el contenido del vaso.

—Montaré a caballo toda la mañana.

—Rod madrugó tanto —dijo Lana inocentemente— que me asombró. A las cinco, según Susan, ya salid de casa y aún no ha regresado.

—Estará en las obras.

—Precisamente hace un instante que vino el capataz a buscarlo porque lo necesitaban para hacer unas cosas y deseaban su aprobación.

Se despidió presurosa. Por lo visto, no era ella sola quien estaba inquieta. Mejor. El merecería sufrir.

Un criado le preparó el caballo y Mae subió a él de un salto, lo hostigó y lanzóse al campo sin mirar hacia atrás. Lana, inquieta, la siguió con los ojos desde la ventana y se preguntó si ocurría algo entre su hijo y aquella muchacha.

## XI

No encontró a Rod por el bosque y cuando regresó a las dos de la tarde, lo vio lleno de barro hasta el último cabello y metido en las obras con sus albañiles. Le miró un instante y encontró sus ojos. Rod la saludó y ella correspondió con un gesto.

Se encerró en la casa y no se cambió de ropa. Por la tarde, una vez comida, volvería a galopar. Era la única manera de perderse un poco dentro de sí misma, pues era lo que deseaba.

La carta de Suzie decía lo de siempre: que deseaban tenerla a su lado, que lo pasaba estupendamente, que había sido una tonta negándose a ir con ellos; que había conocido a un conde italiano estupendo y que pronto formalizarían las relaciones; que las fiestas eran magníficas y que había chicos maravillosos...

Lo de siempre. Nada de lo cual le satisfacía. Ella... estaba allí, en el campo, junto a una mujer que era toda ternura, junto a unos criados que vivían muy al margen de su vida, junto a un hombre... rudo, quizás ordinario, déspota, burlón; pero... que tenía, dentro de su rudeza y su ordinariez, recopilado todo su interés masculino y éste le fue transmitido a ella por una corriente magnética, de la cual no podría escapar jamás aunque todas sus distinguidas amigas se le burlaran.

A la hora de comer, Rod se lavó en el pozo y, con la cara y el cabello mojados, alzó los ojos. Mae lo miraba, con la espalda apoyada en la pared de la casa. El, con la toalla en la mano y el rostro bronceado salpicado de agua, se le acercó despacio. Abrió las piernas y se quedó mirando a la joven.

—¿Qué tal el paseo?

—Bien.

—¿Has... logrado lo que deseabas?

Parpadeó aturdida. Siempre tenía la virtud de penetrar dentro de ella y lo hacía con una clarividencia que asustaba.

—No deseaba nada.

Sonrió. Cuando Rod sonreía, su rostro se transfiguraba. Y Mae le agradeció en lo más profundo de su ser que no riera de aquel modo odioso, que era una ofensa.

—Vamos a comer.

Entró en la casa antes que él. Durante la comida se habló de todo. Lana preguntó qué decía Suzie y Rod alzó vivamente la cabeza para escuchar la respuesta de la joven. Mae sintió los ojos acerados en los suyos. Los sintió poderosos, exigentes, y parpadeó de nuevo.

—Dice que... le gustaría que yo estuviera a su lado.

Rod no movió los labios, pero Lana preguntó, con su ingenuidad acostumbrada:

—¿Vas a ir?

—No sé. Ya veremos...

Los ojos de Rod se movieron. Y en aquel instante Mae sintió como si aún la estuviera besando y toda la sangre se precipitó en sus venas. Rod supo lo que ella recordaba y, brutalmente, se puso en pie, arrolló la servilleta y sin decir nada salió de la casa.

\* \* \*

Eran las diez de la noche. En las obras había lucecitas rojas advirtiendo que no se podía pasar hacia allí. Los criados, tumbados sobre la paja, cantaban unos, y otros charlaban. La voz de Lana se oía en la cocina dando órdenes para el día siguiente.

Mae, tras la casa, con la espalda pegada a la pared, miraba ante sí sin ver nada. Tenía un cigarrillo en la boca y fumaba aspirando y expeliendo casi al mismo tiempo. La luna formaba arabescos en la hierba. La noche era apacible y serena, invitadora, como dijo él una vez. ¿Qué le ocurría? Tendría que marchar. Y en seguida. Era preciso escapar de aquella atracción. Era absurdo que ella, Mae White, con los pretendientes a montones de su clase y condición, se fuera a enamorar de un hombre del campo, un hombre tan diferente a ella. ¿Estaría loca? ¿O era un castigo del cielo?

—¿Vas a ir? —preguntó una voz junto a ella, como si siguiera la

conversación interrumpida en la mesa al mediodía.

Mae no se movió. Volvió la cabeza y encontró a Rod junto a sí.

—Ya te he dicho que no sé...

—¿Tienes deseos...?

—Si los tuviera me iría.

—¿Y te vas a ir?

—No lo sé. Quizá.

—¿Y tardarás otros tres años en volver?

Hablaban sin mirarse. Ella sentía a Rod junto a sí. Sus cuerpos se rozaban, pero no se atrevía a separarse. No se veía allí nada, excepto la punta del cigarrillo de ella y la lumbre que salía de la pipa de Rod.

—No lo sé.

—Cuando se está bien, cuando se es feliz, se olvida uno fácilmente de los que quedan aquí. Además... tú necesitas horizontes amplios; el campo no da todo lo que tu espíritu precisa.

—Por lo que observo, deseas que me vaya.

Rod tardó en responder. Se volvió hacia ella y de súbito se le colocó delante. Mae parpadeó y sintió ahogo en su pecho. Si él volvía a besarla... Si la tocaba...

La estaba tocando ya. No pedía permiso. Lo hacía consciente, quizá sereno. Pero no, no estaba sereno. Al alzar los ojos para leer en los de él, se encontró con una mirada brillante, dolorida; una mirada que ella nunca vio en Rod, el hombre poderoso entre los poderosos.

—No quiero que te vayas. Uno se acostumbra. Después se siente solo... Es... desazonador.

—Rod...

—¿Qué dices...?

—Sí.

Mae lanzó un pequeño grito al ser besada y él dijo:

—No te asustes, pequeña.

Estaba asustadísima y si bien recibía los besos de Rod con anhelo, se daba cuenta de que su persona era arisca para Rod. Pero él no se percató de ello. El sentía una necesidad terrible de ver a Mae junto a sí, pequeñita, frágil e indefensa.

—Rod...

Huía de sus brazos y Rod trataba de retenerla sin fuerza, con cálida insistencia.

—Rod, suéltame.

—Sí.

De súbito la soltó, y Mae se perdió en la oscuridad.

Pasó parte de la noche sentado en aquel lugar y cuando se retiró a descansar, al pasar junto a la puerta de la alcoba de Mae, vio la luz filtrarse a través de las rendijas. Sonrió.

## XII

—Buenos días, madre.

Lana no respondió. Tenía un papel en la mano y lloraba silenciosamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rod aproximándose.

—Se ha ido.

Rod palideció.

—¿Cómo? ¿Qué dice?

—Me dejó una carta. Puedes leerla.

—Dame.

Los dedos de Rod jamás habían temblado y en aquel instante se estremecieron perceptiblemente al tomar él pliego entre sus dedos.

«Mi queridísima Lana:

»Vas a considerarme cruel y desagradecida, pero no lo creas. Me costaría mucho despedirme de ti, sería como romperme en pequeños trozos y me sería difícil componerlos de nuevo. Me voy sin darte el último beso. No creas

que me marchó con la familia de mi amiga. Necesito paz... Mucha paz, y me traslado al castillo de White. A decir verdad, ya casi no recuerdo la casa donde nací, y quiero volver a empezar a sentirme una auténtica White. Espero estar allí al anochecer. Salgo nada más aparezca el sol. Estarás aún en la cama y quizá me hagas el jugo de limón... Perdóname, Lana. Algún día volveré a verte. Te recordaré siempre, siempre, y tendrás un rincón muy querido en mi corazón. Si me necesitas, ya sabes dónde estoy. Espero que en White todo siga como cuando yo tenía diez años.

»Adiós, Lana. Recibe con ésta mi gran cariño y tantos besos como

te hubiera querido dar en persona si no sintiera tanto despedirme de ti.

»Mae.»

Hubo un silencio que interrumpió Lana para decir:

—Parece que se despide para siempre. ¿Por qué, Rod? ¿Tú lo sabes?

Rod no respondió. El pliego se hacía una arruga entre sus dedos.

—Rod...

—Volverá —dijo de súbito—. Lo que busca no lo hallará por el mundo, por mucho dinero que tenga.

—¿Qué dices, hijo?

Rod reaccionó y sonrió forzosamente.

—No me comprenderías.

—Al menos, explícate para saberlo.

—¿Qué importa, madre?

Y dejando el pliego sobre la mesa, salió de la casa y no regresó hasta la hora de comer. Durante la comida apenas si habló dos frases seguidas.

Dos semanas después, hubo carta de Mae. Rod escuchó la lectura sin apenas abrir los ojos y cuando terminó, Lana lo miró y dijo:

—No te recuerda para nada. Y en la carta de despedida tampoco. ¿Habéis regañado?

—No.

—¿Le hiciste algo?

—No.

Y dejó a la madre con la palabra en la boca. Se hizo más adusto. Atosigó a los albañiles hasta que éstos trabajaron día y noche sin parar. Al cabo de dos meses, la casa ya estaba casi terminada, si bien, aún faltaba mucho para que Rod quedara tranquilo. Parecía más que un hombre, una fiera. Reñía con todo el mundo, apenas si hablaba con su madre, y cuando había carta de Mae, la leía de un tirón, la arrugaba entre sus dedos y después estaba más de dos días sin pronunciar palabra. Esto llegó a asustar a Lana y, como era tan inocente, cuando le escribía a Mae se lo refería todo.

Mae escribía todas las semanas y sus cartas eran a veces interminables, pero nunca respondía a lo que Lana le decía de su hijo, si bien, un buen observador hubiera notado que el nombre de Rod flotaba, sin ser pronunciado, en cada letra.

A finales del invierno, Mae anunció que se trasladaba a su palacio de la

Quinta Avenida en Nueva York y que todos los criados de los White se hallaban ya en él, dispuestos a servirle.

Aquello no tranquilizó a Rod. En Nueva York y en la temporada invernal, las fiestas se multiplicarían para Mae y llegaría a olvidarse de la granja y de sus habitantes. Algún tiempo después hubo otra carta de Mae. En ella decía que Suzie y sus padres habían regresado y que la vida se hacía más placentera junto a sus queridos amigos.

La alcoba de Rod volvió a llenarse de revistas de moda, en cada una de las cuales se mencionaba a Mae White, la joven más elegante y bonita de la alta sociedad, y a la cual pretendían altos personajes. Si Mae aceptaba o no los galanteos de aquellos personajes en cuestión, no lo decía en la revista y Rod sintió como fuego en su garganta y en su pecho; un fuego que era rabia, humillación, y... más que nada, un dolor hondo e insufrible.

A mediados de invierno la casa quedó terminada, limpio el parque y convertida en caballerizas la antigua vivienda. Al fondo había un pabellón en el cual vivían los criados y la casa nueva se alzaba desafiante y provocadora en medio del valle, semejando la propia personalidad de Rod.

Una de aquellas mañanas, Lana se acercó a su hijo, mostrando un periódico:

—Hace más de quince días que no tango carta de Mae. ¿Has leído lo que dice aquí?

Rod venía del campo y sus botas manchadas de tierra se agitaron sobre la estera. La casa era confortable, había varios baños en el piso superior, cuadros de valor por las paredes, muebles cómodos y modernos. Había luchado mucho por lograr aquello y lo había conseguido, si bien, no le producía la satisfacción que esperaba, y la culpa de todo la tenía aquel maldito amor que despertó en él Mae White.

—¿Qué dice?

—Se rumorea que Mae se comprometerá este invierno con el conde Gerard Morris. Al parecer salen mucho juntos, se les ve muy unidos y se supone... ¿A dónde vas, Rod?

Este se había acercado a la ventana con precipitación.

—Rod...

No respondió. Con las cejas unidas miraba hacia el campo. Sus pupilas penetrantes se fundían con intensidad en la nieve que poco a poco iba cubriendo todo.

—Rod...

Se volvió al fin. Su pétrea cara no denotaba la gran decepción.

—Hace un día endemoniado —comentó con voz queda—. Las tierras se convierten en peñascos cuando empieza a llover a causa del hielo.

—Te estaba hablando de Mae.

Rod curvó los labios en una sonrisa desdeñosa.

—¿Y te disgusta que se comprometa con un conde? Eso de ser condesa viste mucho, aunque el marido no aporte al matrimonio ni un centavo. ¿Me dais la comida?

—Rod... Mae necesita nuestro apoyo moral.

El muchacho se echó a reír.

—¿Sí? ¿Te lo dijo ella? Si necesitara tu apoyo moral no se hubiera ido. Déjala vivir su vida. Nunca tuvo en cuenta tu tutela, porque si la tuviera, se quedaría aquí. Era su deber. Aún no cumplió la mayoría de edad ni mucho menos.

—Mae sabe que tengo confianza en ella.

—También yo la tengo en mis criados, pero no les permito entrar en mi despacho. ¿Sabes lo que pienso hacer muy en breve, madre? —añadió sin transición—. Iré a Nueva York, pediré una entrevista con la joven y le entregaré su fortuna. Que la tire por la ventana o que la regale, o que se la ponga en las manos a ese monigote llamado Gerard Morris.

—No debes ni puedes hacer eso. Mientras Mae no se case, tienes el deber de administrar sus bienes.

—Estoy cansado.

Y poniéndose en pie, salió del comedor y se encerró en el despacho.

### XIII

—La Prensa habla mucho de ti y Gerard.

Mae sonrió.

—La Prensa habla sin saber, muchas veces.

—¿No... es cierto cuanto dice?

—Claro que no. Gerard no me gusta para marido y él lo sabe. Es un buen compañero y un amigo ameno, divertido. Amor... no.

Suzie se arrellanó mejor en el sofá. Se hallaban en el saloncito particular de Mae y ésta vestía un traje de mañana de fina lana, ceñido, modelando su esbelta figura. Calzaba altos zapatos y tenía un cigarrillo entre los dedos. De vez en cuando llevaba el cigarrillo a la boca y aspiraba.

—¿Qué entiendes tú por amor? —preguntó, curiosa Suzie.

—Pues..., amor... ¿Es que la frase no lo significa todo?

—No. Yo estoy enamorada y puedo disertar sobre él con acierto. Pero tú no has amado nunca...

—Alguien dijo que la mujer, sin amar, sabe más del amor que el amor mismo.

—Filosofía —rió Suzie—. Bien —añadió sin transición—. Si no es Gerard, ya será otro. Ahora dime... ¿te has instalado en tu helio palacio definitivamente? Papá dice que estás aquí demasiado sola, que nunca debiste dejarnos.

—A veces necesito soledad.

—Decididamente, has cambiado desde que fuiste a la hacienda de tu tutora. Nunca me hablaste de su hijo. ¿Cómo es?

Mae parpadeó, lo cual denotaba su nerviosismo. Iba a responder una evasiva, cuando una doncella dijo desde el umbral que el señor Brown deseaba verla. Mae se puso en pie de un salto y sus piernas temblar ron

perceptiblemente. Suzie no se dio cuenta de nada.

—¿Lo recibe, señorita Mae?

—Pues...

—Yo me voy.

—No, Suzie, no —sonrió aturdida—. Es el hijo de mi tutora, ¿sabes? Te lo presentaré.

Suzie volvió a sentarse, sin notar nada aún. Veía a Mae nerviosa, pero desde hacía algún tiempo, Mae estaba de una sensibilidad subida y ella lo atribuía a su soledad.

—Que pase —dijo Mae con voz leve—. Aquí, sí, que pase aquí.

Desapareció la doncella y Mae se acercó a la ventana, de espaldas a Suzie. Temía a la observación de su amiga y era preciso que nadie se diera cuenta... Era de todo punto imposible cuanto deseaba en la vida por aquel hombre. Suzie, sus padres, su razonamiento..., todo.

—Por lo visto, voy a conocer al hijo de tu tutora. ¿Viene a verte con frecuencia?

—Es... la primera vez.

Lo imaginaba con el pecho al descubierto, el pelo enmarañado, las botas sucias...

—¿Es... guapo? ¿Es elegante?

Mae se volvió y se quedó mirando a Suzie con rara expresión.

—No es guapo. Es fuerte y altivo, pero guapo, no. Y en cuanto a su elegancia... Tú juzgarás.

\* \* \*

Rod Brown no vio a Suzie. El sólo vio a Mae. Erguida, fina, alada en medio de la pieza, con los ojos fijos en él. Saludó apenas y Mae se estremeció cual si la agitaran. El hombre que tenía delante apenas si guardaba semejanza con aquel que la besó. Este no llevaba el pecho al descubierto, ni vestía calzón de montar, ni tenía el pelo enmarañado. Era un hombre fuerte, atlético, correctamente vestido de oscuro, con los zapatos brillantes, una camisa blanca, inmaculada, y una corbata a tono con el traje. Sus cabellos estaban peinados hacia atrás y se levantaban un poco indómitos, como la misma persona de Rod.

—Buenos días.

—Hola, Rod. No te esperaba —dijo veladamente, pero recobrando toda la serenidad, que creyó perder al oír a la doncella—. Suzie, te presento a Rod Brown, hijo de mi querida tutora. Rod, ésta es Suzie... Me has oído hablar de ella muchas veces.

Los acerados ojos de Rod se fijaron en la joven morena, de rostro aniñado. Se inclinó levemente y dijo unas frases de cumplido. Después miró de nuevo a Mae.

—Siéntate, Rod, y fuma.

Rod se sentó frente a Suzie, y Mae, al otro extremo, de modo que tenía a las dos jóvenes delante.

—He venido por asuntos de negocios —dijo indiferente, sin prestarle mucha atención; lo cual desconcertó a Mae—. Asuntos que, si lo deseas, dejo para esta tarde.

—Como quieras. ¿Cómo está Lana?

—Bien, gracias.

Suzie fue a ponerse en pie, pero Mae la sujetó por un brazo.

—¿Adónde vas?

—Me esperan en el club.

—Te acompañaré más tarde.

Rod sonrió entre dientes. Mae no deseaba quedarse a solas con él y era poco discreta para disimularlo.

Suzie conocía a Mae y sabía mucho de su gran educación, por lo cual le extrañó que en aquel momento no resultara muy cortés con su visita. ¿Y por qué? Suzie era algo despistada, pero en aquel momento empezó a pensar cosas... La apatía de Mae, su indiferencia para hombres interesantes, sus silencios incomprensibles ; el no nombrar nunca a un hombre que no podía pasar inadvertido para ninguna mujer... ¿Qué ocurría allí?

Se dejó caer en el sofá y encendió un cigarrillo. Con los ojos semicerrados, oyó la conversación de Rod y Mae, sin perder detalle.

—¿Ya habitáis en la casa nueva?

—Sí.

—Habrà quedado muy bonita.

—Es cómoda.

—¿Nieva mucho?

—Como aquí sobre poco más o menos, con la diferencia de que allí, en el descampado, se nota más.

Suzie observó los ojos masculinos. Eran de expresión dura, de un color

acerado, y miraban con fijeza, fijos como espadas. Un gran tipo, un hombre poco común. Un hombre bravo, de personalidad anuladora; atezado y fiero como los campos y las cascadas.

Lo vio ponerse en pie. Era alto y fuerte, con un pecho ancho y poderoso, y llevaba el traje con desenvoltura.

—Entonces, volveré esta tarde.

—¿No... puedes dejarlo para otro día, Rod?

—Imposible. He de volver a la hacienda. Esta tarde a las siete... —se inclinó ante Suzie—. Señorita, he tenido mucho gusto. Mae..., hasta las siete.

Giró en redondo y la joven se apresuró a tocar un timbre.

Apareció una doncella.

—Acompaña al señor.

Se fueron al fin. Hubo un largo silencio. Suzie miraba a Mae y ésta escapaba de su mirada.

—Un tipo fantástico —observó Suzie de pronto—. ¿Cómo no me hablaste de él? ¡Vaya hombre!

—¿Vamos al club, no, Suzie?

Esta se puso en pie. Sabía lo que deseaba y en su interior pensó que si ella estuviera en lugar de Mae... ¡La pena era que no lo estaba!

## XIV

En el gran palacio de la Quinta Avenida esperaba Mae. Era un palacio de ensueño y el hombre que entró en el vestíbulo se quedó de nuevo, como por la mañana, con la vista fija en cada objeto. Una doncella recogió de sus manos gabán y sombrero y lo condujo, silenciosa, hacia una estancia del primer piso.

— La señorita espera al señor,

Rod penetró en la pieza. Era la biblioteca, sin duda, a juzgar por los libros que se veían por todas partes. Al fondo había una chimenea y ésta ardía trepidante. Junto a la chimenea había un diván y dos sillones, en uno de los cuales se hallaba sentada la figura temblorosa de Mae.

—Pasa, Rod —indicó serena.

Rod avanzó y sin decir palabra se sentó frente a ella. Alargó las manos hacia la chimenea y las frotó.

—Hace un frío endemoniado.

—Sí.

—Me he retrasado un poco, Mae. Perdóname.

—Diez minutos. No son muchos.

—Ya.

Se incorporó y encendió un cigarrillo. Mae vio la vieja pipa asomando por el borde del bolsillo superior de la americana. Sabía lo mucho que placía a Rod fumar en pipa y si no lo hacía en aquel instante, era quizá en consideración a ella y al lugar donde se hallaba.

—Bien, Mae... Vamos a hablar de dinero.

—¿De dinero? ¿Y por qué?

—No has llegado a la mayoría de edad —dijo Rod, mostrando su hiriente indiferencia—, pero parece ser que te emancipas de todos modos y no tiene

razón de ser el que yo, como hijo de Lana, continúe administrando tus bienes. La Prensa dice que te vas a casar... Lana no sabe nada oficial, lo cual quiere decir que tomas muy poco en cuenta la opinión de tu tutora en esa cuestión tan delicada como es la de elegir esposo.

—¡No me voy a casar! —exclamó Mae, ofendida.

—Cuando una muchacha se deja ver en todas partes con un hombre..., el resultado es claro, creo yo.

Mae se irritó.

—Por lo visto aquí está tu opinión personal. Que tu madre sea o no mi tutora te tiene sin cuidado. ¿Qué te ocurre, Rod? Pareces otro.

—Cuando uno se reviste con esta ropa y se decide a venir a la ciudad...

—Rod..., mira bien lo que dices.

—No tengo por qué mirarlo tanto. Dices que es una cuestión personal... Pues, sí, lo es. Tú sabes que estoy enamorado de ti... Lo sabes, ¿no es cierto?

Mae se estremeció.

—Si lo dices porque..., porque me has besado —exclamó ahogándose—, también besaste a todas las chicas de tu comarca y no las amaste.

—A las chicas de mi comarca quizá las haya besado —dijo con flema—, ya no lo recuerdo. Me gusta besar a las mujeres. Pero tú no eres de la comarca ni fuiste nunca para mí una mujer más.

—Diríase que te ofende amarme.

—Naturalmente. De buen grado te arrancaba de mi vida de un arañazo; pero eres de las que dejan raíces en uno. Unas raíces hondas que hacen daño cuantas veces intentas arrancarlas.

—¿Es... un halago, Rod?

—Es un rayo encendido —farfulló.

Nunca pareció tanto el Rod irritante de la hacienda. El Rod que la besó salvajemente y el Rod que sin decir nada se ocultó en su alcoba como un pecador.

—Rod...

El agitó la mano. Su pétrea cara parecía tallada en piedra en aquel instante.

—Tienes mucho dinero —dijo frío—. No voy a renunciar a ti por esa razón. Si lo tienes te lo comes, y estoy seguro que mi amor... compensará con creces esa vida vacía que has llevado hasta ahora. El amor de los hombres, Mae, tiene infinitamente más valor que tus millones. Lo que sucede es que ese amor ha de ser sincero y verdadero.

—Y el tuyo hacia mí... lo es.

—¡Lo es!

Se puso en pie. En medio de la pieza, con las piernas abiertas, se la quedó mirando.

—Lo es —repitió—. Tú aportarás al matrimonio un gran capital... —se echó a reír—. De poco te servirá ese dinero si no hallas en la vida alguien que penetre en tu temperamento emocional. Muchos hombres y mujeres se casan —añadió filosófico. Mae parecía presa de sus palabras—. Infinidad de hombres y mujeres. Y al final, cuando la vida termina y se hace un inventario de lo vivido y disfrutado, se preguntan para qué unieron sus vidas si nada nuevo han descubierto en esa unión. La mujer, a veces, suele consolarse diciéndose: «Estrené millones de modelos. He ido a teatros y fiestas. He sido una mujer deslumbrante y los humanos me admiraron.» Es, sin duda —rió desdeñoso— un gran consuelo a falta de otro mejor. Pero existe otra mujer, muchas quizá, que al hacer el inventario de su vida, murmuran: «He luchado y he logrado en la vida la perfección de mi amor. Hallé un hombre que me enseñó a vivir, que quizá no era tan rico como yo, o lo era más, o no tenía nada. Pero me dio en la vida, en esta pobre vida mía que ahora no tiene objeto ninguno, la gran dicha de la posesión perfecta. Tengo recuerdos gratísimos, que me llevo a la tumba como una reliquia, de esa unión que dio momentos de felicidad infinita». No todas las mujeres pueden decir eso.

Mae, como siempre que algo la inquietaba, parpadeó.

—Lo cual indica —susurró con un hilo de voz—, que tú te consideras el hombre más perfecto para el amor.

Rod sonrió, curvando la provocadora boca en una mueca indefinible.

—No soy tan vanidoso. No me considero perfecto ni creo que nadie haya hallado aún la perfección en el amor, pero me creo lo bastante perfecto para ser para ti el mejor maestro y sé —recalcó— que nunca echarás de menos a tus amigos los condes de cual y los marqueses de tal.

—Me estás pidiendo que sea tu mujer.

—Exactamente.

—Y lo haces con una indiferencia horrible.

Rod se inclinó hacia ella y sus acerados ojos se clavaron con intensidad en el rostro femenino.

—Permíteme que no responda a la alusión tan directa. No sabes lo que dices y no quiero asustarte.

—No te comprendo, Rod —susurró aturdida.

—Medita, piensa en todo lo que te dije y después... ya sabes dónde estoy.

Se dirigía a la puerta.

Mae fue tras él y lo agarró por la manga.

—Rod, eres desconcertante. Lo fuiste cuando..., cuando me besaste por primera vez, y ahora vienes, me aturdes, y te vas...

—No debo quedarme.

—Dijiste que venías a darme cuentas de mi dinero...

—Lo dijiste, pero he cambiado de parecer. Cuando entré en esta casa y vi tanta riqueza... Pero no. Ahora ya sabes lo qué pienso y lo qué siento.

—Sé lo qué piensas porque lo has dicho... Pero... ¿sientes como piensas?

Por toda respuesta, Rod la cerró contra sí y con aquel su dominio que fascinaba a las chicas de la comarca, la besó en los labios apasionadamente. Una y otra vez, hasta que ella pidió bajísimo:

—Suéltame, Rod... Eres... tan elocuente alguna vez...

—Siempre, Mae White, no lo olvides. Tú tienes dinero —rió—, pero yo tengo algo parecido a la perfección del amor y es lo que una muchacha sensible como tú necesita para que, cuando llegue la hora de hacer su inventario, tenga algo bueno, inolvidable, que contar.

Dicho lo cual, Rod Brown abrió la puerta de la biblioteca y marchó.

## XV

—Ya lo sabes todo, Suzie.

—¿Y dices que se fue sin esperar tu respuesta?

Mae asintió.

—Un hombre extraordinario. ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé.

—¿Le amas?

—Sí.

—¿Entonces?

—Me siento aturdida, asustada... ¿Le comprendo lo bastante para hacerle feliz? ¿Me amoldaré a la vida campesina? ¿Me convertiré dentro de unos años en una mujer como Lana?

—No seas absurda, querida mía. Tú nunca puedes convertirte en una mujer como Lana porque eres de otro modo. Además..., él no rechaza tu dinero. Lo cual quiere decir que ese dinero no te servirá de nada en el campo y él lo sabe.

—No podré vivir enterrada en la pradera el resto de mi vida.

—Vuelve a la hacienda de los Brown y piensa en todo. Si al cabo de unos meses comprendes que no puedes vivir allí, se lo dices y huyes para siempre.

—Repito que tengo miedo. Rod es un hombre acaparador, te anula, y te convierte, sin que te des cuenta, en un mecanismo a su gusto. ¿No te das cuenta? ¿No lo has visto por ti misma?

Suzie se impacientó.

—Estoy enamorada de un hombre, Mae. Pero si ese hombre fuera, como tú dices, acaparador, lo querría mucho más. Tú, si te casas con Rod, sabes que jamás otra mujer pasará a ocupar un lugar preferido en su corazón y en tu vida. Sabes que será un hombre eternamente tuyo. Y... Bah. Hay tantas

mujeres en los grandes salones... Tantas mujeres sin escrúpulos, coquetas y frívolas...

—Tú me aconsejas...

—No, Mae, no nos confundamos. No te aconsejo nada. Sigue aquí, si es tu deseo. Continúa saliendo con Gerard y otros cuantos... Quizá no es amor lo que sientes por Rod, sino una atracción pasajera.

—Es amor —dijo Mae intensamente.

—¿Pues qué esperas?

—Tengo miedo a ese amor, Suzie... ¿Es que aún no me has comprendido? Junto a Rod yo hago lo que Rod manda. Si él desea besarme me besa aunque yo no quiera. Si, una vez casados, se empeña en que yo continúe el resto de mi vida viviendo en el campo...

—No lo amas —dijo Suzie rotundamente—. Cuando se ama de veras no se hacen unas preguntas de esa índole.

Mae bajó la cabeza.

—Le amo y estoy bien segura de ello.

—Ahora sí te doy un consejo.

—Di.

—Quédate en Nueva York. Espera a que él vuelva a verte.

—Rod no volverá, le conozco.

—En eso volvemos a diferir —rió Suzie, divertida—. Los hombres, cuando aman de veras, olvidan pronto su orgullo masculino.

—Rod es diferente.

—No me harás creer que es un superhombre.

—El tiempo nos dirá lo que es Rod.

Y lo dijo, sin duda, porque pasó todo el resto del invierno y Rod no apareció por parte alguna. A principios de verano, los príncipes invitaron a Mae a que los siguiera a la Riviera, pero ella agradeció la invitación y no fue.

Suzie la visitó el día anterior a la marcha. Ambas, sentadas en el saloncito particular de Mae, hablaron de nuevo de Rod.

—¿No te lo he dicho? ¿Crees que me ama menos por no haber venido?

—Creo que te ama más.

—Le escribo a su madre todas las semanas. Lana me cuenta cosas de él.

—¿Y qué dice?

—Que se pasa los días trabajando, que está más adusto que nunca, que no quiere leer mis cartas, que cuando le mando saludos y la madre se lo dice, contesta con un gruñido...

—¿Y tú qué opinas de todo eso?

—He escrito a Lana ayer, y le digo que pasaré el verano con ella.

—¿Lo... harás?

—Sí. Estoy resuelta. No hay hombre alguno capaz de hacerme sentir lo que sentí junto a Rod. El es para mí..., no tienes ni idea de lo que ese hombre significa en mi vida.

—¿Y estás dispuesta a dejarlo todo por él? —preguntó Suzie, suspicaz.

—Tendré que vivir junto a Rod antes de saberlo.

—¿La madre, esa Lana maravillosa a quien retratas de modo magistral como la perfecta madre, sabe algo de lo tuyo con su hijo?

—No lo creo. Lo sospechó una vez, pero ya no.

—¿Cuándo marchas?

—No lo sé. Dentro de unos días, quizá.

—Escríbeme y cuéntame lo que ocurre.

—Prometo que lo haré.

\* \* \*

El descapotable se detuvo y la figura moderna y preciosa saltó al suelo. Miró con creciente curiosidad todo cuanto le rodeaba. Sin duda, Rod había logrado su deseo. La casa nueva se alzaba al fondo, rodeada de una alta tapia. Era una casa pintada de blanco, forma de chalet, de dos pisos. Tenía unas terrazas largas, cuajadas de flores, y una azotea en lo alto que por los inviernos se llenaría de nieve. Había un jardín muy cuidado frente a la casa y ésta parecía separada del resto de la hacienda. Era, a no dudar, una casa de campo, con justificadas pretensiones de residencia de recreo. Quizá Rod había invertido en ella todas sus reservas y por primera vez Mae se preguntó a cuánto ascenderían las reservas de Rod.

Unos criados que trabajaban junto a las carretas llenas de paja, lo cual indicó a Mae que de nuevo volvían las siegas, se le quedaron mirando boquiabiertos y saludaron con sus cabezas enmarañadas. Mae correspondió gentil al saludo y luego avanzó hacia la casa blanca. En la puerta, Lana se inclinaba hacia un pollito recién salido del cascarón y le daba de comer algo que tenía en la palma de la mano.

—Lana —susurró Mae, situándose junto a ella.

Lana soltó el pollito, lanzó un breve grito y abrazó a Mae, sollozando.

—Querida, querida Mae...

Mae sintió de nuevo aquella honda emoción que era como una caricia en todo su ser. Se apretó contra Lana y la besó una y otra vez.

—Querida, querida Mae —susurró Lana sin saber decir otra cosa—. Querida...

La apartó de sí.

—Estás delgadita.

—Engordaré con tus guisos.

—¿Vienes... por mucho tiempo?

Mae parpadeó. ¿Iba por mucho tiempo? ¿Por todo el tiempo que le restara de vida? No lo sabía. Una batalla tenía lugar dentro de sí, una terrible batalla, que era dolorosa y placentera a la vez.

—Sí, quizá por todo el verano.

—Gracias, querida mía. Me siento muy sola. El loco de mi hijo anda ahora liado con una mocita de la comarca y dicen por ahí que se casará con ella. Este hijo mío es tan poco comunicativo...

Mae creyó que todo daba vueltas en tomo. Sintió frío y calor, ganas de llorar y de dar gritos histéricos. Y tuvo, más que nada, ganas de subir al descapotable y huir, huir como loca. Pero no hizo nada de eso. De súbito su orgullo se impuso y una gran paz la inundó. Pero pensó con dolor en las promesas de los hombres. Rod decía amarla sobre todas las cosas de este mundo y... se liaba con una mocita de la comarca.

—Pasa, ven. Rod ordenó que tu alcoba fuera la más bonita de la casa.

¿Para burlarse de ella? ¿Qué pretendía?

—Ven, Mae. Te llevaré y descansarás. Cuando venga Rod, tendrá una gran sorpresa. Estamos en la siega, ¿sabes? Y Rod no descansa. Este año la cosecha es mejor aún que el año pasado.. Parece ser que la suerte nos acompaña desde hace muchísimos años. Ven, querida. Un criado subirá tu equipaje. Tu alcoba está en el segundo piso.

Se dejó llevar como un autómata. El se casaba. Iba a dar a otra mujer... todo lo que le prometió a ella. Y aquella mujer, la que Rod poseyera, podría hacer el inventario al final de sus días y su inventario sería... sería... ¿Y cómo sería el suyo?

Subía hacia el segundo piso y ni cuenta se daba. Lana la empujaba blandamente y Mae miró todo cuanto le rodeaba con ojos inconscientes.

—¿Te gusta? ¿No es digna de una princesa? Cuando Rod decide una cosa...

¿Le gustaba? ¿La veía? Sí, la veía. Una cama al fondo, una cama preciosa, muy bajita, en la cual desearía tumbarse y no pensar... en nada. Hasta aquel momento no se dio cuenta de lo mucho que amaba a Rod; de lo mucho que lo necesitaba en su vida. De lo difícil que le sería prescindir de él.

—¿Te gusta?

Miró, sacudiendo un poco la cabeza. Había un ropero, una gruesa alfombra tapando todo el suelo. Cortinas de muselina en las ventanas. Dos butacas diminutas, un tocador y una puerta blanca al fondo, tras la cual decía Lana en aquel instante que estaba el baño.

—Un baño como el de las capitales, querida mía.

Mae sonrió tristemente.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás enferma?

—No, Lana. Estoy bien.

—Pero muy cansada. Descansa. No te molesto más. Báñate y luego, cuando hayas descansado, baja.

—Sí.

Lana la besó y ella recibió el beso como bendición.

## XVI

Se bañó y se puso la bata sobre las ropas interiores. La ató y se sentó en el borde del lecho. Ni siquiera se fijó en la muchacha que subía sus maletas y las dejaba junto al ropero. Pensaba. Pensaba como si en su cabeza hubiera un caos.

No supo si habían pasado horas o siglos. Tendida cuan larga era en el lecho, con los ojos cerrados y las manos caídas a lo largo del cuerpo, estuvo hasta que de súbito se abrió la puerta con estrépito. La figura de Rod se recortó en el umbral y Mae se levantó de un salto y quedó erguida junto a la cama.

—Rod..., no es forma de entrar en mi cuarto, aunque esté en tu casa.

El la miraba. La miraba de tal modo que Mae, roja como la grana, apartó sus ojos y se encaminó a la puerta, en la cual continuaba Rod, rígido como una estatua.

—Vamos, Rod... Luego me reuniré con vosotros.

Lo empujaba blandamente y él, sin dejar de mirarla, salió y cerró tras de sí.

Mae retrocedió hacia el lecho y de nuevo se dejó caer en él con un suspiro. Qué decían los ojos de Rod? ¿Denotaban alegría o pesar, o rabia... o qué? ¿Y por qué había subido a su alcoba tan súbitamente? ¿Y por qué la miró de aquel modo?

Se puso en pie y se encerró en el baño. Refrescó la cara y salió de nuevo con ella aún húmeda. Minutos después bajaba hacia el vestíbulo. Rod estaba allí, apoyado en el quicio de la puerta, con la pipa en la boca y la cabeza rapada bajo los fuertes rayos de sol, que ponían brillo en su pelo negro, aquel pelo que nacía en punta y que era tan indómito como el mismo Rod.

—Ya estoy aquí.

Y se asombró de hallar en el fondo de su ser aquella serenidad que parecía perfecta.

El se volvió.

—Hola. Perdona que haya subido a tu cuarto así... tan incorrectamente.

—Estás perdonado.

—Yo no sabía que habías venido. Me lo dijo mamá tan bruscamente...

—Me imagino.

—¿Cómo estás, Mae?

—Bien. ¿Y tú?

Hablaban como dos seres absurdos. Se miraban y cada uno escapaba de aquella sonrisa que era, más que sonrisa, una mueca forzada.

Lana apareció tras ellos, soslayando el momento penoso.

—La comida está lista, muchachos —dijo feliz.

Y lo era mucho. Lana necesitaba poco para ser dichosa. Le bastaba ver a Mae en la hacienda y a su hijo sonriente. Y aquella mañana había de ambas cosas, pues Rod, por primera vez desde hacía mucho tiempo, curvaba los labios desdeñosos en una mueca que parecía sonrisa.

Pasaron los tres al comedor. Un comedor mejor, soleado, lleno de muebles coloniales, alegres como el mismo sol que, tras de entrar por los ventanales abiertos, rozaba acariciante cuantos objetos hallaba a su paso.

—Tenéis una casa preciosa —ponderó Mae, sincera—. Sin duda, Rod —añadió mirándole bravamente— has derrochado en tu hogar todas tus dotes artísticas.

—Lo hice pensando en una mujer.

Lana alzó la cabeza y miró curiosa a su hijo. Rod nunca le dijo semejante cosa y el descubrimiento llenaba de curiosidad a la pobre Lana. Mae apenas si movió un músculo de su cara, si bien inquirió como al descuido:

—¿Piensas casarte?

—Sí.

Mae lo miró y él lo hizo a su vez con rara insistencia. Lana suspiró mientras servía la sopa.

—Rod, hijo mío —intervino, apenada—, no me des el tremendo disgusto de desposar a esa chica con la cual dicen los mozos que sales ahora.

Rod contempló a su madre con los ojos desmesuradamente abiertos, como si no la comprendiera. Pero Lana, que era una inocentona como siempre, continuó sin prestar atención al asombro de su hijo:

—Sin duda es una gran muchacha; pero no para ser tu esposa, Rod. De

unos años a esta parte la hacienda mejoró. Has hecho dinero...

—¿Te quieres callar, madre?

Lana dejó de servir la sopa para volver los ojos asustados hacia Rod.

—Eres... absurda —terminó Rod.

Y poniéndose en pie, se acercó con rapidez a la ventana. Mae no dijo nada. Escuchaba y miraba a Lana y a su hijo alternativamente.

—Rod, perdona que te haya dicho eso. Ven a comer, hijo.

El muchacho se sentó con la misma brusquedad y comió en silencio, sin pronunciar una sola frase.

Cuando terminó, salió hacia la terraza, y Lana murmuró:

—Nunca cambiará. Tiene una hamaca en la terraza y sigue tendiéndose en el suelo y tapándose la cara con la gorra.

Mae no respondió. Parecía ausente. Evidentemente pensaba en lo ocurrido, en la rabia que sintió Rod cuando su madre mencionó a la mocita con la cual pensaba casarse...

—Sin duda —comentó Lana pensativamente— le pareció mal lo que le dije. Es la primera vez que me meto en sus cosas. Pero es que me duele que Rod se case con una mujer vulgar. Es un hombre muy inteligente y capaz de hacer feliz a una muchacha diferente a esa novia que tiene ahora...

—¿Estás... segura de que tiene novia? El habló de casarse, Lana —dijo con un hilo de voz—, pero no indicó quién sería su mujer.

—Lo dicen los mozos. Aseguran que lo ven todas las tardes rondar por el bosque y que ella sale a su encuentro.

Mae sonrió de modo vago.

—Eso significa muy poco —comentó bajo, pensativa mente—. Tu hijo siempre rondó por el bosque y siempre le salieron mujeres al encuentro. Tu hijo, Lana, no es un hombre corriente y las mujeres no esperan su promesa de matrimonio para pasearse con él a la luz de la luna...

Lana seguía siendo la mujer más inocente del mundo. Abrió los ojos así de grandes y sonrió animada.

—Entonces tú crees que Rod...

—No sé nada. Pero quizá me lo cuente en la primera ocasión.

Y besando a Lana en la mejilla, se dirigió a la terraza. Recostóse en el umbral de la puerta y miró hacia el fondo de la terraza. Allí estaba Rod, tendido en el suelo cuan largo era, con la pipa en la boca y la gorra tapándole los ojos. Mae sonrió y fue a sentarse en la hamaca, a los pies de Rod.

Cuando crujió la hamaca, Rod retiró un poco la gorra y al verla sonrió

apenas, tapándose de nuevo.

—¿No estabas mejor en la hamaca?

—Parece ser que no, puesto que está libre.

—Tu madre dice que nunca cambiarás.

Rod replicó, sin destapar sus ojos:

—Quizá tenga razón. No voy a cambiar porque ella lo desee. Soy hombre de viejas costumbres y no habrá nadie que pueda cambiarme.

—¿Ni esa mujer con la cual te vas a casar?

—Esa mujer me toma como soy o no me toma.

Mae encendió un cigarrillo y lo contempló entre los dedos. Le dio varias vueltas como si fuera lo único interesante que tenía que hacer en aquel momento.

—Dicen... que tienes novia.

Rod no respondió. Bruscamente se sentó y puso la gorra en lo alto de la cabeza. Cruzó los brazos sobre el pecho y apoyó la espalda en la pared. Quedó frente a ella, mirándola fijamente con sus ojos acerados.

—¿Tú qué crees? —preguntó retador.

—Lo dicen. No hablé de lo que yo creía o no.

—Pero ahora, ¿qué crees tú?

—Muchas veces te han encontrado con mujeres en el bosque... Tú lo dijiste.

—En efecto. No estoy obligado a nadie. Puedo hacer lo que me acomode sin faltar a una persona determinada.

—Ya. ¿Y cuando te cases..., seguirás rondando ciertos lugares del bosque?

Rod se puso en pie y miró hacia las carretas que se alejaban sendas abajo, en dirección a los campos de siega.

—Me voy. Si quieres, cuando vuelva seguimos esta conversación. Pero puedo anticiparte —y al decir esto se inclinó hacia ella y la miró largamente, produciendo en Mae un leve estremecimiento— que cuando seas mía, si es que lo vas a ser..., no habrá otra mujer en el mundo capaz de darme... lo que tú me darás.

—Rod.

Rod se alejaba con la cabeza alta y el paso firme. Mae se irguió e hizo intención de ir tras él, pero de súbito se detuvo y clavó los ojos en la alta silueta que se alejaba camino de los campos.

## XVII

Vestía pantalones negros apretados en el tobillo y una blusa escocesa abierta, dejando ver el cuello terso y precioso. Se hallaba a la parte baja de la terraza y las estrellas empezaban a bordar el cielo. Con la espalda pegada a la pared y una pierna encogida, cuyo pie se apoyaba también en la pared, permanecía inmóvil. Las carretas iban entrando en el patio y se alineaban a lo largo de éste, depositando la paja en el montón que habían reunido las tardes anteriores.

Detrás de todos, erguido en su caballo blanco, venía Rod. Lo vio apartarse del grupo y galopar hacia ella. Saltó al suelo, dio un cachete al potro y éste se dirigió relinchando hacia las caballerizas. Rod, con el rostro sudoroso, el pecho al descubierto y la cabeza cubierta con un gorro muy raro, se aproximó al pozo.

—¿Qué has hecho esta tarde? —le preguntó, sacando agua.

Mae no se movió.

—Vagué por ahí...

Rod metió la cabeza en el caldero y luego la sacudid como un perro mojado. Mae pensó que era de una brutalidad extremada, pero Rod sería así hasta el fin de sus días y ella, como él había dicho, tendría que tomarlo así o no tomarlo. Y lo tomaba. Quería tener algo que decir el día que se le ocurriera hacer el inventario postrero...

—¿Hay alguna novedad, Mae? —preguntó, yendo hacia ella.

Estaba mojado y no parecía preocupado en secarse. Mae hubo de reír.

—Estás chorreando.

—Después de una tarde agobiadora... este frío consuela.

Al hablar, buscó a tientas una toalla y la encontró colgada del pozo. Se secó y se echó a reír con aquella su risa sana que transfiguraba su rostro.

—Ya sé que para una chica tan fina como tú, esto resulta grotesco. Pero ten en cuenta que yo no soy un mocito de salón, con el cabello engominado y los modales afeminados. Yo soy un hombre del campo y resulto rudo para las chicas como tú, tan bien educaditas, tan modositas, tan...

—¿Te burlas?

—No. Te quiero.

Y dicho lo cual, la cogió de la mano y la llevó tras él. No le dijo a dónde la llevaba, ni Mae se lo preguntó. Caminaron en silencio uno al lado del otro y cuando llegaron a un lugar solitario, donde la luna, que asomaba, ponía dibujos pintorescos, Rod se detuvo, la empujó hacia la hierba y la sentó. El se la quedó mirando desde su altura, con las piernas abiertas y la mirada brillante.

—Tienes mucho dinero, Mae. Muchísimo, nadie mejor que yo para saberlo, puesto que vengo administrándolo desde hace muchos años... Pero eres sólo una mujer. Para mí eres una mujer nada más, una mujer guapa que dice mucho en mi temperamento emocional. Una muchacha que enciende mi sangre y despierta en mí deseos de ternuras infinitas. No te pido que si te casas conmigo tires el dinero por la ventana. Sería absurdo. Soy un hombre de este siglo y sé dar justo valor al dinero. Además, algún día tendremos hijos, supongo yo, y ellos te echarían en cara la fortuna que tiraste por mi quiijotismo. No, Mae. Te admito tal como eres y tampoco te voy a sojuzgar. Cuando quieras salir de este valle..., saldrás, pero... querrás salir muy pocas veces, porque... hallarás aquí cuanto deseas.

—¿Puedo... ponerme en pie, Rod? —preguntó con un hilo de voz.

—No. Quiero verte siempre bajo mis ojos. Es como una necesidad del espíritu y del cuerpo. Siempre amé en las mujeres —añadió con crudo acento— su belleza. Amé en ellas todo lo bueno que pueden proporcionar en un momento de inconsciencia. No busqué en ellas la continuación. Fue como un soplo en mi vida, como sombras que te aturden y se van y luego las olvidas. En ti no amo eso. A ti te amo desde dentro y hasta fuera. Amo tu belleza, tus ojos cándidos, tu inocencia, tu corazón... Eres una mujer deseada y querida. Eso eres tú para mí.

Se sentó junto a ella y la prendió en sus brazos. Mae lo rodeó con los suyos. Se besaban. Lo hacían con intensidad, como si se hallaran en aquel instante, después de haberse buscado una vida entera. Y la muchacha se dio cuenta de que tendría que vivir siempre bajo los ojos de Rod, y él pensó nuevamente en la posesión siempre alentadora de aquella muchacha que, a

pesar de tener mucho dinero y haber sido educada en un colegio aristocrático,  
para él era sólo una mujer, ¡su mujer!

## XVIII

—Madre —dijo Rod entrando en el comedor y llevando a Mae junto a sí —, ella y yo... nos vamos a casar.

Lana no entendió bien.

—He dicho que nos vamos a casar, madre.

Y Lana aún no supo comprender. Mae sí comprendió lo que pasaba por el interior de aquella noble mujer, y se acercó a ella, le puso una mano en el hombro y habló suavemente:

—Rod te dice que nos vamos a casar, Lana. El y yo... nos amamos hace tiempo.

Lana se desplomó en una silla y se les quedó mirando con aquellos sus ojos inocentes y puros, de madre siempre pendiente de sus hijos y siempre en las nubes para comprender sus grandes luchas espirituales.

—Tú... y él...

—Sí, Lana.

—Yo... —sollozaba en los brazos femeninos—. Yo no sabía...

—Ya.

—Creí que él... se casaría con otra.

Rod se acercó y puso una mano en el hombro de su madre. Quizá fue en aquel momento cuando resultó más comprensible para Lana.

—Siempre fue ella, madre. Sólo ella.

—¡Ella! —repitió Lana como un eco—. Los dos, tú y ella... Dios mío...

—No llores, Lana. Los tres..., aquí podemos ser muy felices.

—Sí, sí.

Pero seguía llorando y Rod la besó. Fue, quizá, la primera vez que Rod besó a su madre después de haber cumplido el servicio militar. Lana los contempló, deslumbrada, y dejó súbitamente de llorar.

—Me alegro, me alegro. Siento aquí —y ponía la mano en el corazón— una cosa... grande, grande, que me inunda toda. Es como...

Mae sonrió enternecida.

—Sabemos lo que es, Lana. Los dos lo sabemos.

Y lo sabían, en efecto, porque era algo parecido a lo que ellos sentían también. Lana, tras de besarlos nuevamente, se fue a la cocina a preparar la cena y se lo dijo a Susan y ésta se lo contó a un mozo y el mozo a los otros mozos, y minutos después lo sabían todos en la hacienda.

\* \* \*

Ellos se hallaban en el comedor, junto al ventanal abierto, sin luz, contemplando el parque, el patio y el pequeño jardín. Nada veían. Mae estaba en los brazos de Rod y éste hablaba con aquel su tono de voz quedo y hondo, que llegaba como vértigo al corazón de la joven.

—De ese modo te quiero, Mae.

Mae reía y Rod la sujetó contra sí y la tapó la cara con la suya. Mae nunca había sido besada por hombre alguno, excepto Rod, si bien, suponía que nadie en este mundo besaría como él. Nadie en este mundo excepto Rod. Y se lo dijo en aquel instante en que sus labios eran la posesión más preciada para el hombre.

—Para ti soy yo —dijo él—. Para otras mujeres otros hombres. Toda mujer, a la vista o fuera de la vista, tiene un hombre. El tuyo, ante todo y para todo, soy yo.

Y la miraba con aquellos sus ojos acerados que despedían chispitas encendidas y en las cuales se perdía Mae sin temores de ninguna clase.

## EPÍLOGO

«Ya lo sabes todo. Estoy en el castillo de White. Me casé ayer y soy la mujer más feliz de este mundo. No te invité a la boda... No invité a nadie. Rod quiso que fuera una ceremonia íntima. Lo tengo aquí a mi lado. Me mira, se inclina hacia mí y me besa. Me besa, Suzie, como jamás nadie me besó. El dice que todos los hombres besan igual. Yo... no le creo. Cuando regreses a Nueva York, Rod y yo te haremos una visita. Hasta pronto, Suzie. El, este marido maravilloso, no me deja continuar...»

FIN

*La invitada*  
Corín Tellado

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Corín Tellado, 1959  
Calle del Marqués de San Esteban, 4  
33206 Gijón  
[www.corintellado.com](http://www.corintellado.com)  
[comercial@corintellado.com](mailto:comercial@corintellado.com)

© Ediciones CT, 2017  
Avda. Diagonal, 662  
08034 Barcelona

Edición digital distribuida por Editorial Planeta, S.A.  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2017

ISBN: 978-84-9162-604-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.  
[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)